

III. EL NARCOTRÁFICO EN MÉXICO

En este capítulo se aborda el fenómeno del narcotráfico a partir del análisis de los siguientes cuatro ejes: en el primero se hizo una reconstrucción histórica partiendo desde el uso de sustancias psicoactivas, la producción, comercialización, políticas prohibicionistas y el surgimiento, consolidación y evolución de los diversos cárteles de las drogas que operan en México. En el segundo eje se presenta lo que se ha denominado como la guerra contra las drogas, haciendo un análisis coyuntural de la política antinarcótica en México. El tercer eje analiza los aspectos socioculturales de la narcocultura para comprender los códigos, las normas, los modos y estilos de vida de los narcotraficantes. En el cuarto eje se presenta el impacto y las problemáticas sociales del narcotráfico, de la guerra contra las drogas y de la narcocultura en México.

3.1 BREVE HISTORIA DEL NARCOTRÁFICO EN MÉXICO

La historia del narcotráfico en México ha experimentado diferentes fases de desarrollo hasta consolidarse en lo que hoy en día se conoce. Desde sus inicios en la década de 1920, se ha caracterizado por el uso de la violencia como recurso fundamental para alcanzar sus propios fines. Ha existido una lucha histórica entre diferentes organizaciones criminales por el control del negocio de las drogas, pero también, han logrado establecer nexos con funcionarios de Estado y otras bandas delictivas a nivel regional, nacional e internacional. Existen dos tipos de organizaciones criminales, unas conformados por *clanes familiares*, donde existen lazos consanguíneos que se caracterizan por tener una mayor durabilidad a diferencia de otro tipo de organizaciones en las que no existe *ningún vínculo familiar*, lo que ha ocasionado disputas por el control y el poder de las organizaciones, generando su fragmentación para resurgir en otras. Dada la gran cantidad de cárteles que han existido en México, en los siguientes apartados se presentará una narrativa de los cárteles que han tenido un mayor impacto en la historia del país y los que siguen vigentes.

3.1.1 EL NEGOCIO DE LAS DROGAS: DE LA PERMISIÓN A LA ILEGALIDAD

Para poder comprender la complejidad del fenómeno del narcotráfico, es importante entender cómo y cuándo inició el uso de sustancias psicoactivas en México. Su uso se remonta a la época prehispánica en la que eran empleadas sustancias psicoactivas, de origen natural, con fines médicos y rituales, prácticas que formaban parte de la cosmovisión indígena. Años posteriores, durante la época colonial, el uso de esas sustancias continuó siendo empleado, situación que fue criticada como actos de inmoralidad por frailes como Bernardino de Sahagún, el cual en su obra *Historia general de las cosas de Nueva España*, describe lo siguiente:

El joven malvado está loco. Anda bebiendo pulque tierno. Ebrio, desatinado, afligido, borracho, tomado. Anda actuando con hongos, anda actuando con mixel, inquieto, impúdico, desvergonzado, excesivamente ataviado, jadeante, mal hablado, retorcido en el habla, maldiciente, desvergonzado, presuntuoso, vanidoso, pedante, soberbio, viciosos, burlón, viciosos, envilecido, lleno de excremento, lleno de mierda, lleno de polvo, lleno de basura [,] vive en el vicio. (Gonzalbo Aizpuru, Staples, Torres Septién, 2009, p. 49).

A pesar de la crítica hacia los diferentes usos de esas sustancias, su consumo continuó y trascendió hacia diversos sectores de la sociedad. Durante el siglo XIX y principios del XX, drogas derivadas del opio, amapola, marihuana y cocaína, se comercializaban de manera lícita bajo ciertas regulaciones, las cuales eran vendidas en diferentes boticas y mercados de México. Estos productos eran comercializados con fines medicinales, los cuales prometían reducir los niveles de ansiedad, estrés, depresión y la tos, además de ayudar al rejuvenecimiento, la prolongación de la vida, entre otros. Todas estas drogas, en su mayoría, eran importadas desde Estados Unidos, Europa y Asia. No obstante, parte de la marihuana y amapola eran producidas en el estado de Sinaloa, que, de acuerdo con Valdés Castellanos (2013), datan de los años de 1828 y 1886 respectivamente.

El opio es una sustancia que se ha producido y consumido históricamente en China, sin embargo, a principios del siglo XIX el gobierno chino prohibió su consumo. Esto generó que los ingleses comenzaran a traficarlos de manera ilegal en China, lo que provocó las Guerras del Opio (1839-1842 y 1856-1860) entre el gobierno chino e inglés. Dichos conflictos le dieron la victoria a los ingleses y les permitieron imponer un tratado, con el cual, pudieron comercializar el opio en China con fines lucrativos en beneficio de los británicos.

A finales del siglo XIX, hubo una oleada migratoria china hacia el territorio mexicano para trabajar en la construcción del ferrocarril y la explotación minera, tanto en Baja California como en Sinaloa respectivamente. Una de las particularidades de la llegada de chinos al país, fue que muchos de ellos trajeron consigo semillas de amapola –planta con la cual se produce el opio– para su cultivo y autoconsumo, sin embargo, sería una antesala para la producción y comercialización de dichas sustancias en México.

Por otro lado, los productos más comunes que se encontraban en las boticas de México eran la morfina, la heroína, los vinos con coca y la marihuana y en los mercados se vendía marihuana. Durante la era porfirista, el Consejo Superior de Salubridad Pública, era el encargado de regular este tipo de sustancias, ya que consideraban que tanto su incorrecta preparación, así como su mal uso podría traer consecuencias irremediables como la adicción, la “inmoralidad” o el suicidio (Astorga, 2016).

En 1883, el Consejo Superior de Salubridad Pública expidió un reglamento para la regulación de drogas que consideraban peligrosas como la morfina, el opio y marihuana, las cuales debían producirse y venderse, únicamente, en boticas y el usuario debía de contar con una prescripción médica previa a su adquisición. En 1889, se reportó en Mazatlán, Sinaloa, la detención de gente sin el permiso de vender o consumir marihuana de manera legítima (Astorga, 2016).

Durante esta época la marihuana y el opio, producidos en México, eran consumidos, tanto por los mismos chinos migrantes, como por mexicanos de clases populares y soldados inmersos en la Revolución Mexicana, pero con el tiempo trascendió su consumo a todas las clases sociales debido a su comercialización en mercados y fumaderos, este último, servía como punto de venta y espacio para su consumo. Su utilización no solo era con fines curativos, sino también recreativos. Las principales ciudades en las que se comercializaba la droga eran Culiacán, Mazatlán, Navolato, Mexicali, Guadalajara, Hermosillo y la Ciudad de México, aunque también hubo una importante comercialización hacia Estados Unidos (Valdés Castellanos, 2013).

A pesar de su popularidad y los beneficios que se le atribuían al consumo de esas sustancias, en México hubo diferentes personalidades que criticaban su uso recreativo, como el doctor José Olvera, médico de la época de la Revolución, el cual catalogó su uso con problemas tanto psiquiátricos como sociales. Sin embargo, su prohibición inició a partir de un

debate que giraba en torno a la prohibición de las drogas en Estados Unidos, abanderado por el puritano y político Hamilton Wright, el cual planteó un discurso sobre la necesidad de proteger a los estadounidenses (blancos) de las drogas. Dicho debate carecía de argumentos científicos y se fundamentaba en posturas morales y raciales criminalizando a chinos, mexicanos y negros adictos, lo que, presuntamente, los llevaba a una degradación social y moral, atentando en contra de la integridad e “inocencia” de los blancos (Valdés Castellanos, 2013). No obstante, Contreras Velazco (2010) afirma que los principales usuarios de esas sustancias eran los propios blancos.

Dicho discurso se popularizó en medios impresos y por médicos, llegando a oídos de funcionarios mexicanos. Para el año de 1909, en Shanghái, China, se llevó cabo una reunión internacional, con el fin de buscar el control y la regularización de las drogas; respectivamente, en 1912 en La Haya, Países Bajos, se realizó una segunda convención en la que México se hizo partícipe aprobando los tratados acordados (Astorga, 2016).

Para el año 1914, Estados Unidos aprobó la regularización –más no la prohibición– de las drogas. Ante estas circunstancias, los gobiernos revolucionarios se comprometieron a imponer controles sobre el cultivo, comercialización y exportación del opio y otras drogas, conscientes de que, si continuaba el tráfico de drogas, se podría desestabilizar la frontera, además de no lograr el reconocimiento político que buscaba el gobierno revolucionario con el país vecino (Contreras Velazco, 2010).

Fue hasta el año de 1920, cuando México prohibió, de manera oficial, el cultivo y la comercialización de la marihuana para fines recreativos. De la misma manera el opio, la morfina, la cocaína y otras drogas se prohibieron hasta el año de 1926 durante el gobierno de Plutarco Elías Calles, permitiéndose su uso, exclusivamente, para fines medicinales (Valdés Castellanos, 2013). A pesar de los intentos del gobierno nacional por tener un control sobre la producción y el tráfico de drogas, diversos líderes revolucionarios, que trascendieron al poder político fungiendo como gobernadores de los estados fronterizos del norte, no estaban satisfechos con las medidas impuestas por el Gobierno Federal, ya que algunos estaban vinculados al negocio de las drogas. Un ejemplo claro de ello fue el gobernador de Baja California, Esteban Cantú (1914-1920), el cual se enriqueció a través de actividades ilegales como la prostitución, extorsión, apuestas y el narcotráfico (Contreras Velazco, 2010). El negocio era tan lucrativo, tanto para mexicanos como para los chinos que radicaban en

México, por lo que la producción y la comercialización de las drogas continuaron, pero ahora de manera ilegal, contexto que marcó el inicio del narcotráfico en México en la década de 1920 (Valdés Castellanos, 2013).

3.1.2 CHINOS Y REVOLUCIONARIOS, LOS PRIMEROS TRAFICANTES DE DROGAS EN MÉXICO

De acuerdo con Valdés Castellanos (2013), los chinos fueron los primeros en producir el opio en México para su autoconsumo, pero tras la popularización de dicha droga aumentaron su capacidad productiva para satisfacer mercados locales y farmacéuticos. Ante la prohibición de las drogas en 1926, los chinos y sus descendientes, expandieron el negocio hacia diversas ciudades del noroeste de México.

Otra forma de comercialización de las drogas fue a través de las boticas. Como se dijo previamente, muchas de estas drogas eran empleadas con fines médicos, por lo que muchos farmacéuticos mexicanos, se dieron cuenta de los alcances lucrativos que permitía su comercialización, por lo que dejaron de lado la venta de otros medicamentos para comercializar, únicamente, las drogas antes comentadas. De igual forma, ingresaba de manera ilegal opio desde China (Valdés Castellanos, 2013).

El negocio de los chinos consistía en ser mayoristas en lugares donde tuvieran conexiones y protección para la comercialización del opio a través de fumaderos o en boticas, pero en espacios en donde no tenían conexiones, se las vendían directamente a grupos delictivos que contaban con los medios y los recursos para su venta. Por ejemplo, en Ciudad Juárez, Enrique Fernández Puerta el “Alcapone de Juárez”, era un contrabandista de alcohol y falsificador de dólares, posteriormente, entró al negocio de las drogas, convirtiéndose en traficante de opio hacia Estados Unidos. Algo a destacar, es que algunos de sus colaboradores eran chinos, posibles individuos que conocían muy bien la producción de la droga. Era tal el poder de Fernández, que logró controlar el ayuntamiento de la ciudad a través de la corrupción, enriqueciendo a funcionarios públicos y hasta tres gobernadores. Por su parte, los chinos residentes en México, extendieron su red de contrabando de opio hacia Estados Unidos a través de traficantes connacionales, que radicaban en dicho país (Astorga, 2016).

El negocio era –y es– tan lucrativo, que se extendió a otros puntos del país como Sonora, Jalisco, Michoacán, Guanajuato y Xochimilco en la Ciudad de México, entre otros.

Lo particular de este primer momento del narcotráfico en México, es que también dio inicio a una competencia entre diversos grupos delictivos para controlar las plazas en las que se comercializaban las drogas. Tal es el caso del año 1933, en el que llegó a la gubernatura de Chihuahua Rodrigo Quevedo, donde sus hermanos le declararon la guerra a Fernández para despojarlo del negocio, atentando contra su vida, sin tener éxito. Ante esta situación, Fernández decidió resignarse y desplazarse a la Ciudad de México con su gente para continuar con el negocio. Su carrera como *gánster*, terminó años posteriores, siendo asesinado por un pistolero, supuestamente, contratado por los Quevedo (Astorga, 2016).

El asesinato de Fernández permitió que dueños de boticas como Félix y Othón Sánchez, el exjefe de la Policía de Narcóticos Arturo Vaca Martínez alias “el Zar de la Droga de México”, diversas pandillas y criminales extranjeros como Mauricio Eghiesse, se consolidaran para la comercialización de opio y marihuana en la Ciudad de México. Ante esta situación, la violencia no estuvo exenta, ya que inició una lucha entre pandillas, además de que Vaca asesinaría a Félix Sánchez para eliminar a la competencia (Astorga, 2016). Desde esa época, se pueden presenciar prácticas de violencia entre los grupos delictivos y, que hoy en día, siguen caracterizando a los narcotraficantes.

Algo particular, es que, en algunos casos, eran mujeres las que controlaban esas pandillas, como Julia, alias la “Caballota”; Felisa Velázquez Velázquez, alias la “Reina de la Marihuana”; María Dolores Estévez Zuleta, alias “Lola la Chata” e Ignacia Jasso, alias “La Nacha”, traficante de opio en Durango. En otras regiones como Mérida, Yucatán, se menciona a Enrique Catarell, propietario de un cine, conocido como el “Cine Coca” en el que se distribuían drogas (Astorga, 2016).

La década de 1930 fue decisiva, en cuanto al negocio del narco, para los mexicanos. Como se sabe, los iniciadores del negocio de las drogas en México fueron los chinos residentes en Sinaloa y el noroeste del país y, a pesar de que muchos mexicanos se vieron inmersos en el tráfico, desde los dueños de boticas, pequeños capos y hasta políticos, los que realmente controlaban el negocio y la producción del opio, eran los chinos. En dicha década, creció un activismo racial en contra de los chinos que radicaban en Sinaloa, contexto en el que el contrabandista, de apellido Segovia, había financiado a diversos grupos *antichinos* de la región, con el fin de despojar a los asiáticos de la producción del opio. Las acciones raciales

y la persecución en contra de los chinos crecieron en la región, ante esto, Ioan Grillo describe la crueldad de la “cacería” mexicana en contra de los chinos:

[Había una gran] turba de linchadores [que] recorrían las calles cazando chinos. Una vez encontradas las víctimas los arrastraban hasta una cárcel clandestina en casas tapiadas y los mantenían prisioneros con piernas y brazos atados. Cuando ya tenían suficientes detenidos, los amontonaban en vagones de cagar del ferrocarril y los mandaban fuera del estado. Entonces, los sinaloenses se apropiaban de las propiedades y casas de los chinos. En otras partes, los gánsteres mexicanos no se tomaban la molestia de deportarlos en vagones de carga; ellos simplemente asesinaban a balazos a sus rivales chinos (Valdés Castellanos, 2013, pp. 40-41).

A partir del despojo del negocio de los chinos, los mexicanos controlaron el tráfico de drogas por todo el noroeste del país y en diversas ciudades, tanto fronterizas como del centro de México. Con respecto a las medias que emprendió el Estado posrevolucionario, con relación al narcotráfico, fueron prácticamente nulas, pese a las fuertes presiones que ejercía el gobierno estadounidense. A pesar de que México firmó tratados y creó una legislación que buscaba frenar la problemática, el gobierno no contaba con suficientes recursos para iniciar una política antidrogas, además es importante recalcar, que en ese periodo, el Estado se centró en llevar a la realidad las demandas revolucionarias como el reparto agrario, la expropiación petrolera, el impulso del sindicalismo y lograr la institucionalización de la Revolución Mexicana, a través de la consolidación de un partido fuerte, que representara los ideales revolucionarios, el Partido Nacional Revolucionario (PNR) en 1929, que en 1938 se transformaría al Partido de la Revolución Mexicana (PRM) y, finalmente, en el PRI en 1946. Aunado a este contexto, muchos políticos fueron fácilmente corrompidos con numerosas cifras de dinero otorgados por los narcotraficantes, para que les permitieran operar libremente.

De acuerdo con Valdés Castellanos (2013), en esa época, a muchos policías se les “forzaba” a traficar las drogas por iniciativa de los propios jefes, ligados a los narcotraficantes. Esto les permitía, obtener mayores ingresos comparado con los bajos salarios que oscilaban por desempeñarse, únicamente, como agentes de seguridad pública.

La década de 1940, dio un giro importante en cuanto a la producción y demanda del opio. Estados Unidos, inmerso en la Segunda Guerra Mundial, requería de grandes cantidades de opio para producir morfina y poder proveérsela a sus tropas. Los principales países que exportaban opio a los estadounidenses eran Turquía, Afganistán, China e India, pero que al

estar sumergidos en la guerra, limitó su envío, es por ello, que Estados Unidos solicitó al gobierno mexicano incrementar sus sembradíos de amapola y opio para poder satisfacer su demanda. Este contexto representó un crecimiento importante para la producción de opio y heroína en México y después de la guerra se convirtió en el principal proveedor de drogas, ya que muchas rutas de la droga, provenientes de Europa y Asia, se desarticulaban casi por completo (Contreras Velazco, 2010).

El acuerdo de Estados Unidos y México de importar drogas fue secreto, ya que eran productos ilegales para ambas naciones. De acuerdo con Ioan Grillo, la mafia italiana fue la comisionada en tratar de convencer a los políticos mexicanos a aumentar su producción de drogas. No obstante, no existe ningún documento que pruebe dicho acuerdo entre ambas naciones (Valdés Castellanos, 2013).

Posterior a la guerra, los soldados estadounidenses que utilizaron la morfina durante el conflicto bélico, se volvieron adictos y las cifras iban en aumento con los adictos civiles existentes. De acuerdo con datos de la Procuraduría General de la República (PGR), el gobierno combatió el narcotráfico destruyendo, al menos, 400 hectáreas de sembradíos de amapola en Sinaloa, Sonora, Chihuahua y Durango, así como la consignación de 1,600 criminales.

3.1.3 EL NOROESTE MEXICANO, CUNA DE LOS PRIMEROS CÁRTELES EN MÉXICO

A pesar de que la PGR combatió a los traficantes de drogas después de la Segunda Guerra Mundial, el crecimiento y fortalecimiento de diversos grupos delictivos mexicanos iba en aumento, principalmente en los estados de Sinaloa, Durango y Chihuahua, zona conocida como el Triángulo Dorado, por sus actividades de producción y tráfico de drogas (Valdés Castellanos, 2013).

Mapa 1

Triángulo Dorado



Fuente: Elaboración propia (2021).

La forma en cómo se despojó en su totalidad a los chinos del negocio de las drogas, marcaría el *modus operandi* de los narcotraficantes mexicanos para la posteridad.

Para las décadas de los cuarenta y los cincuenta, la forma de operación del negocio de las drogas en México había alcanzado un nivel de sofisticación y organización muy importante hasta ese momento. Quienes se encargaban de sembrar y cultivar el opio eran campesinos de la sierra y pequeños propietarios quienes pagaban una cuota a las autoridades para poder ejercer libremente su “oficio”. Posteriormente, el producto era malvendido a grupos criminales quienes transformaban el opio en heroína en laboratorios clandestinos y, finalmente, la distribuían en México y Estados Unidos a través del transporte terrestre, ferroviario y aéreo (Valdés Castellanos, 2013).

Si bien, desde la década de 1920, se comentó que algunos líderes revolucionarios que llegaron al poder político en sus estados estaban inmersos en el negocio de las drogas, de acuerdo con informes que presenta Valdés Castellanos (2013) en su obra, para la década de

los cincuenta, la situación no cambió a la de los veinte, ya que los gobernadores de los estados de Sinaloa, Sonora y Baja California, protegían el tráfico de las drogas y en Coahuila y Chihuahua, el negocio era controlado directamente por sus gobernadores, como es el caso de Abelardo L. Rodríguez, expresidente de México (1932-1934) y exgobernador de Sonora (1943-1948), el cual existe la posibilidad de que en sus propiedades se sembraran drogas. Esto indica que los *narcoestados*⁶ estuvieron presentes desde el inicio del narcotráfico en México.

Las acciones del narcotráfico en el noroeste del país, traspasaron la clandestinidad, alcanzando un nivel de popularidad tan alto, que se empezó a forjar una cultura que giraba en torno a las acciones de los narcotraficantes –la narcocultura–, contexto en el que nacerían narcotraficantes de renombre. Tal es el caso del que sería considerado, por muchos, el primer narcotraficante mexicano, Pedro Avilés, conocido como “Don Pedro” o “El León de la Sierra”, nacido en Sinaloa en 1931, quien se encargó de la producción y tráfico de marihuana y cocaína. Inició en el negocio del narco durante la época de la Segunda Guerra Mundial, aprovechándose de la demanda de drogas en Estados Unidos, situación que le facilitó adentrarse al mundo del narcotráfico. Esto le permitió establecer nexos con las mafias italianas que radicaban en Estado Unidos para fundar y consolidar uno de los cárteles más famosos de la historia de México, el Cártel de Sinaloa, siendo el de mayor importancia y alcance en esa época (Valdés Castellanos, 2013).

Astorga (2016) menciona que, en ese mismo tiempo, en Sinaloa, empezaron a aparecer en las notas rojas de los periódicos nombres como Ernesto Fonseca Carrillo “Don Neto”, Fidel Carrillo Elenes, Ramón Quintero Beltrán, entre otros, personajes que serían recordados hasta la posteridad, por ser los precursores del tráfico de drogas y por conformar y consolidar algunos de los cárteles de drogas más importantes del país. Sin embargo, no existía un monopolio de la producción y tráfico de drogas, ya que Astorga (2016) comenta en su obra, que diversas personas que estaban inmersas en el tráfico, tales como grupos de mujeres “jóvenes, guapas y elegantes”, que fueron detenidas por posesión de opio; estudiantes de medicina y odontología capturados con 50 kilos de droga que pensaban vender en la Ciudad de México; un pasante de química quien fue capturado por intentar producir drogas en el laboratorio de su universidad y muchos más.

⁶ El término narcoestado se asocia directamente con las instituciones del Estado cuyos dirigentes están coludidos de manera directa o indirecta con el tráfico de drogas.

De acuerdo con Leyva (2020), “Don Pedro” fue jefe y “maestro” de importantes líderes de renombre para la historia del narcotráfico en México como Miguel Félix Gallardo, líder del Cártel de Guadalajara junto con Ernesto Fonseca Carrillo, “Don Neto”; Juan José Esparragoza Moreno, el “Azul”, fundador del Cártel de Guadalajara y líder del Cártel de Juárez y Sinaloa; y Juan José Quintero Payán, “Don Juanjo”, cofundador del Cártel de Juárez junto con Pablo Acosta Villarreal, “El Zorro de Ojinaga”. “Don Pedro” moriría en una balacera en su natal Culiacán en el año de 1978, durante un operativo antidrogas conocido como *Operación Cóndor*, por lo que sus “discípulos” tomarían las riendas del negocio.

A partir de la década de 1960, era común que a los productores y traficantes de droga la prensa los empezará a denominar como narcotraficantes, sobre todo en Sinaloa y en la Ciudad de México. La cotidianidad se manifestaba a través de enfrentamientos armados entre criminales y las fuerzas del orden. Se estimaba la existencia de un total de 300 pistas para el tráfico de heroína ubicados en el norte de México, además de grandes extensiones de cultivo de drogas en Sinaloa, Durango y Sonora. Se reportaba que eran “indios campesinos ignorantes” los que se dedicaban a la producción de la droga, siendo dirigidos por un pequeño grupo de mexicanos “acaudalados e inteligentes” que aprovechaban el contexto de la región para hacer negocios lucrativos ilegales (Astorga, 2016).

Durante las primeras décadas de la historia del narcotráfico en México, el opio había sido la droga con mayor popularidad. No obstante, para la década de 1970, en Estados Unidos, la marihuana se popularizó y aumentó su demanda, principalmente en los sectores juveniles con expresiones culturales ligadas al rock and roll y al movimiento hippie, lo que impactó positivamente para el negocio del narcotráfico en México, ya que muchos campesinos, tanto de la zona del Triángulo Dorado, como de los estados de Nuevo León, San Luis Potosí, Michoacán, Guerrero y Oaxaca, aprovecharon la oportunidad para intentar salir de la miseria sembrando y cultivando dicha droga (Valdés Castellanos, 2013). Ante la miseria que azotaba al estado de Guerrero, se presentó una gran oleada migratoria de personas hacia la sierra de Sinaloa para encontrar un espacio dentro del mundo del narcotráfico que les permitiera subsistir a través de la siembra de marihuana y opio (Fernández Velázquez, 2010). Es importante recalcar que, a pesar del gran reparto agrario por parte de los gobiernos posrevolucionarios, la situación del campesinado mexicano no mejoró significativamente, por lo que muchos optaron por reemplazar sus cultivos de productos tradicionales por drogas.

Como se ha afirmado en apartados previos de esta obra, las precariedades sociales, como la pobreza, influyen de manera directa a la integración de personas a agrupaciones delictivas como lo es el narcotráfico.

En la época del auge de la marihuana, esta era resguardada en casas y bodegas empaquetada en bolsas de ixtle de varias toneladas. El Gobierno Federal, en conjunto con las fuerzas militares y federales, emprendieron una campaña fallida para erradicar la producción y tráfico de drogas, que consistía en localizar a los verdaderos líderes del negocio de las drogas, así como la destrucción de los plantíos (Fernández Velázquez, 2010).

Entre 1960 y 1980, los grupos criminales encargados de producir y traficar drogas se consolidaron. Si bien, durante las primeras décadas del narcotráfico la gran mayoría de estos grupos criminales eran controlados por algunos gobernadores y servidores públicos de diferentes estados de la república; para esa época ya figuraban nombres de organizaciones criminales bien consolidadas y con alcances extraordinarios, como los cárteles de Sinaloa y Guadalajara. El empleo de armamento moderno en la sierra de Sinaloa empezó a ser más notorio para la década de 1970, donde su uso era con el fin de erradicar, tanto otros grupos de narcotraficantes, como a aquellos que les pudieran “estorbar” para su negocio, como lo eran la policía o el ejército, por lo que, de manera diaria se registraban situaciones de violencia y asesinatos por parte de sus miembros. Estos alcances se ven reflejados en cifras que superan las 3,000 toneladas de marihuana que estos grupos delictivos lograban pasar hacia Estados Unidos (Valdés Castellanos, 2013).

En sus inicios, el gobierno estadounidense operaba, únicamente, en su territorio, intentando detener a los grupos criminales que traficaban la droga en aquel país. No obstante, ante el crecimiento del narcotráfico, durante el gobierno de Richard Nixon, se creó la Administración de Control de Drogas (DEA, por sus siglas en inglés), la cual tenía como función, luchar en contra del tráfico y consumo de drogas, iniciando la Guerra contra las Drogas (War Drugs) (Rosen, Zepeda, 2015). Una de las primeras y más importantes misiones que se planteó la DEA, fue detener a Alberto Sicilia Falcón, narcotraficante de origen cubano, quien desde muy joven migró a Florida, Estados Unidos, para iniciar una vida delictiva. Durante la década de 1960, participó en acciones criminales ligadas a la prostitución. Posteriormente, se desplazó a Tijuana, México, para iniciarse en el comercio de las drogas, traficándolas hacia Estados Unidos.

En México tuvo una importante popularidad, sus fuertes vínculos con artistas y políticos mexicanos, hicieron de Sicilia, un personaje que se caracterizaba por organizar fiestas extravagantes y dar grandes regalos, principalmente a políticos, como una forma de chantaje, que iban desde dinero en efectivo, joyas y hasta autos deportivos, además de darse una vida de grandes excentricidades, tan características de los narcos actuales. A su vez, no tenía ninguna compasión con sus enemigos, ya que “disfrutaba” asesinarlos por su propia mano (Infobae, 2020e).

El tráfico de drogas hacia Estados Unidos le permitió acumular una gran fortuna, en el que, según Infobae (2020e), llegó a tener ingresos de hasta 20 millones de dólares mensuales. En su casa en la Ciudad de México, se encontraron cuentas en Suiza de hasta 260 millones de dólares (Valdés Castellanos, 2013). Su negocio consistía en comprar opio y marihuana en la sierra de Sinaloa, para posteriormente, exportarla desde Tijuana –su centro de operación– hacia Estados Unidos. En 1975, en la Ciudad de México fue detenido y encarcelado en la antigua prisión de Lecumberri, ahí fue interrogado y torturado por elementos de la Agencia Central de Inteligencia (CIA, por sus siglas en inglés). Durante dicho proceso, Sicilia aseguró que la misma CIA lo había entrenado para entregar armas en Cuba, así como financiar la compra de armas para rebeldes centroamericanos (Boullosa, Wallace, 2016; Valdés Castellanos, 2013). Sus nexos con servidores públicos le sirvieron para poder fugarse dos veces de la cárcel de manera “épica”. La primera fue por medio de un helicóptero que lanzó una cuerda sobre el patio de la prisión que le permitió escapar, pero fue recapturado semanas después. En 1976 cavó un túnel de 40 metros de largo con un diámetro de 80 centímetros para fugarse por segunda ocasión –tal cual el “Chapo” pero 39 años atrás–. Finalmente, fue recapturado y encarcelado hasta 1999, cumpliendo su condena en la prisión de La Palma de máxima seguridad (Infobae, 2020e). Estas situaciones hablan de la corrupción y los nexos del Estado con el narcotráfico.

Si bien, Pedro Avilés se había convertido en un narcotraficante de renombre y uno de los más buscados por la PGR, la presencia de Sicilia en el norte de México, influyó en la dinámica en cómo los criminales de la sierra de Sinaloa podrían hacerse de fortunas multimillonarias como la del cubano. Tras la captura de Sicilia en 1976 y, posteriormente, la muerte de Avilés en 1978, emergería una nueva generación de narcotraficantes que marcaría la historia del país.

Otro operativo en contra del narcotráfico fue la *Operación Cóndor*, considerada como uno de los primeros grandes golpes en contra del narco, al igual que la captura de Sicilia. Estuvo a cargo del General del Ejército Mexicano Hernández Toledo y Carlos Aguilar Garza de la PGR –quien a finales de los 80 formaría parte del Cártel del Golfo–, el cual pronosticó que dicho operativo pondría fin de manera definitiva al narcotráfico. La operación contaba con 39 aviones y 27 helicópteros, de los cuales, tres aviones fotografiaban 625 kilómetros cuadrados para detectar plantíos de drogas sobre el Triángulo Dorado. En 1977 el secretario de la defensa nacional, Félix Galván López, lanzó el Plan Cóndor sobre el área antes mencionada, desplegando las naves, así como 5,000 soldados y 350 agentes de la Policía Judicial Federal (PJF) junto con perros entrenados. El plan consistía en decomisar la droga, destruir los plantíos y detener a los productores y a los narcotraficantes. Una de las problemáticas que enfrentaba el gobierno en su plan era que, de acuerdo con los diarios culiacanos de la época, aseguraban que la población difícilmente cooperaría con el gobierno por temor a las represalias (Fernández Velázquez, 2018).

Tras un mes de lucha, el gobierno aseguraba haber decomisado 100 toneladas de marihuana y cinco kilos de cocaína, además de 1,000 armas entre pistolas, metralletas y rifles, así como 27 vehículos y la detención de 42 narcotraficantes. A pesar de los “logros” obtenidos hasta ese momento, la producción y tráfico continuaban en la región, es por ello que la DEA, creó un plan colateral con el gobierno mexicano, en el que emplearían seis aviones para identificar plantíos de drogas. Las acciones militares y el contraataque de los narcotraficantes se hicieron presentes en Culiacán. El Hospital Civil se encontraba lleno de heridos, tanto de fuerzas del Estado como de criminales, poniendo a la ciudad en un estado de guerra sumida en la violencia. La PGR aseguraba que la paz y la tranquilidad llegarían muy pronto. En ese contexto, el gobierno buscó crear fuentes de trabajo, así como la creación de escuelas, hospitales, entre otros, con el fin de incentivar a la población a alejarse del narcotráfico y poder restablecer la paz. A pesar de ello, tras cuatro meses de operaciones, la violencia, en Los Altos de Sinaloa, aumentó. En Culiacán, no solo seguía presente la violencia, sino la corrupción y los nexos de servidores públicos con el narco, ya que en terrenos de las cárceles se sembraba marihuana y además, se vendía dentro del penal (Fernández Velázquez, 2018).

Muchos civiles denunciaron innumerables abusos por parte de las fuerzas armadas que estuvieron presentes durante el operativo. Estos abusos iban desde detenciones arbitrarias,

torturas, violaciones a mujeres, saqueos de viviendas y localidades enteras, hasta asesinatos. Se estiman cifras de al menos 15,000 personas muertas entre narcotraficantes y campesinos inocentes (Fernández Velázquez, 2018). Los resultados del operativo fueron un rotundo fracaso, ya que no lograron erradicar la problemática, violentaron a personas inocentes y la corrupción se hizo presente en todo momento.

Este tipo de problemáticas, son comunes cada vez que los gobiernos optan por desplegar sus tropas para reemplazar, en funciones, a los elementos de seguridad pública civil, situación que desencadena escenarios de violencia como las que se presentaron en Sinaloa tras el Operativo Cóndor y que siguen vigentes con la “guerra contra el narco”. Ante estos contextos, la teoría crítica argumenta que las fuerzas armadas representan el aparato de poder del Estado, ya que controlan y reprimen a la población civil a través del miedo y la violencia con el fin de salvaguardar los intereses del Estado y los grupos dominantes, situación contradictoria al discurso oficial del Estado que asegura que sus funciones son las de mantener el orden y la seguridad ciudadana. La historia ha demostrado que este fenómeno de represión no es nuevo para México. En el siglo XIX, México padeció una fuerte crisis e inestabilidad política, por lo que diversos grupos armados estuvieron presentes en la vida pública de aquella época, situación en la que se presentaron numerosos abusos en contra de la población civil como la leva, asesinatos, robos, entre otros; algunas de esas problemáticas siguen en la actualidad.

3.1.4 EL CÁRTEL DE GUADALAJARA, UNA CONFEDERACIÓN DEL NARCOTRÁFICO EN MÉXICO

Tras la *Operación Cóndor*, el gobierno únicamente logró asesinar al líder más importante del Cártel de Sinaloa, Pedro Avilés; sin embargo, el territorio continuó –y continua– siendo controlado por el narcotráfico, la única diferenciación fue que orillaron a sus líderes a trasladarse a Guadalajara por seguridad, es por ello que también se le conocía al Cártel de Sinaloa como el Cártel de Guadalajara.

Tras la muerte de Avilés, el cártel fue liderado por Miguel Ángel Félix Gallardo junto con Ernesto Fonseca Carrillo, alias “Don Neto”. Félix Gallardo, conocido como “El Padrino” o el “Jefe de jefes”, oriundo de Culiacán, nació en el año de 1946. En sus inicios se desempeñó

como policía judicial de su estado natal, logrando entablar una estrecha relación con el gobernador de Sinaloa, Leopoldo Sánchez Celis (1963-1968). Años posteriores, incursionaría hacia el mundo del narcotráfico. No solo asumió el liderazgo del cártel, sino también, fue accionista del banco Banpacífico y socio de diversas empresas en Guadalajara, lo que le permitió lavar el dinero del narco. Además, se caracterizó por sus “obras de caridad”, siendo benefactor de la Universidad Autónoma de Sinaloa. De igual manera, logró comprar la protección de la Dirección Federal de Seguridad (DFS) (Valdés Castellanos, 2013).

Lo que determinó la figura de Félix Gallardo dentro del mundo del narco, fue su capacidad de negociación, lo que le permitió establecer lazos con diferentes clanes familiares del narcotráfico en Sinaloa y otras regiones del país. Entre esas familias destacaban los Caro Quintero, los Zambada, los Beltrán Leyva, los Carrillo Fuentes, los Guzmán Loera y los Arellano Félix. De igual manera, estuvo Héctor “El Güero” Palma Salazar, Juan José Esparragoza, “el Azul” y Manuel Salcido, “El Cochiloco”. Fuera de Sinaloa pactó, con Jaime Herrera de Durango, los hermanos Pedro y Oscar Lupercio Serratos de Guadalajara, Rogaciano Alba Álvarez de Guerrero y los Díaz Parada de Oaxaca. Los nexos le permitieron a Félix Gallardo conformar una especie de confederación de narcotraficantes mexicanos, lo que les permitió controlar y expandirse por toda la costa del pacífico, desde Sinaloa hasta Oaxaca, además de dominar el Triángulo Dorado (Valdés Castellanos, 2013).

Esta confederación de narcotraficantes operaba bajo normas y principios en común, lo que les permitía operar, libremente, en sus propias plazas, además de poder hacer uso de otras, siempre y cuando, se respetaran las normativas establecidas por cada capo en sus territorios. Esta *narcoalianza* evitó, en gran medida, conflictos entre los narcotraficantes.

Otro importante narcotraficante con el que estableció nexos el Cártel de Guadalajara, fue con Pablo Acosta “El Zorro de Ojinaga”, capo que logró establecer su centro de operación en Ojinaga, Chihuahua, punto geográfico imprescindible para el paso de la droga hacia Estados Unidos. De acuerdo con la obra de Valdés Castellanos, (2013), Pablo Acosta, desde muy joven, padeció las precariedades del campo, contexto que lo orilló a iniciar en el mundo del narcotráfico. En un primer momento, se encargó de pasar una onza de heroína hacia Estados Unidos, situación que lo llevó a su detención y encarcelamiento en aquel país. Esto le dio la oportunidad de establecer nexos con el narcotraficante Martín “Shorty” López dentro de la cárcel, lo que le permitiría en un futuro convertirse en un narcotraficante de renombre.

Cuando Pablo Acosta salió de prisión, se estableció en la ciudad de Odessa, Texas, conformando un negocio de construcción para ocultar el verdadero negocio que era el del tráfico de drogas. Estableció contacto con “Shorty”, quien trabajaba con el narcotraficante Manuel Carrasco, jefe de la plaza de Ojinaga, Chihuahua, quien había colaborado con Avilés en su momento. Carrasco le comenzó a enviar heroína a Acosta a través de “Shorty” para su comercialización en Texas. Tras el inicio del negocio, Acosta fue descubierto lo que lo obligó a huir de Estados Unidos y retornar a México (Valdés Castellanos, 2013).

Carrasco, tras un conflicto suscitado con otro narcotraficante se vio en la necesidad de abandonar Ojinaga, lo que generó un vacío de poder en cuanto al tráfico de las drogas en la localidad. Esto permitió que “Shorty” asumiera la plaza al mismo tiempo en el que Acosta arribaría a la ciudad para convertirse en su trabajador de confianza. Sin embargo, Carrasco regresó, tiempo después y, asesinó a “Shorty”, generando la incertidumbre de quien controlaría la plaza nuevamente. Tras su muerte, Acosta fue elegido como el nuevo líder de Ojinaga, pero ante su preocupación, por ser prófugo de la justicia en Estados Unidos, desistió del cargo, por lo que asumiría el mando el narcotraficante, Víctor Sierra, quien, tras comentarle sus intenciones al comandante de la policía federal, este fue detenido y sometido a un arduo interrogatorio y una serie de torturas que le permitieron darse cuenta de que era el indicado para asumir la plaza. Tras una visita a las Vegas, Estados Unidos, Sierra fue capturado y sentenciado a ocho años de prisión en el año de 1980, situación que llevó a Acosta a asumir el control del narcotráfico en Ojinaga hasta 1987, año de su muerte tras una emboscada (Valdés Castellanos, 2013).

El Cártel de Guadalajara no solo estableció alianzas con otros grupos criminales mexicanos, sino que logró establecer nexos con cárteles colombianos. Gracias al apoyo de Félix Gallardo, Pablo Acosta se vinculó con los cárteles de Colombia, quienes se encargaban de enviar la cocaína a México, para que, posteriormente, Acosta la pasara a Estados Unidos. Entre la relación del Cártel de Guadalajara y Acosta, había un intermediario de nombre Amado Carrillo Fuentes conocido como “El señor de los cielos”, sobrino de “Don Neto” (Valdés Castellanos, 2013). De acuerdo con Infobae (2020a) el asesinato de Pablo Acosta se le atribuye a Guillermo González Calderoni, agente de la PGR, quien tenía nexos con el narco.

Otro capo fundador del Cártel de Guadalajara fue Rafael Caro Quintero, perteneciente del clan de la familia Caro, quien era propietario de un gran rancho llamado *el Búfalo*, en

Chihuahua. De acuerdo con Luis Astorga (2016), en el Búfalo se producía marihuana, el cual tenía una extensión de unos 12 kilómetros cuadrados en el que laboraban, aproximadamente, 12,000 peones procedentes de Sinaloa, Sonora, Guerrero, Oaxaca, Chiapas y Guatemala, además, contaba con maquinaria para procesar el producto. El rancho estaba resguardado por guardias altamente armados que vigilaba que ningún peón escapara, además de que los tenían mal alimentados. En contraste, la fortuna de Caro Quintero ascendía a los 100 mil millones de pesos. Es claro que no todos aquellos individuos que están inmersos en el mundo del narcotráfico son necesariamente personas poseedoras de grandes cantidades de dinero y lujos, eso se limita únicamente para los capos y líderes de los cárteles.

En 1984 el rancho fue descubierto por el piloto Alfredo Zavala de la Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos (SARH), quien comunicaría a un agente de la DEA, de nombre Enrique “Kiki” Camarena, que se encontraba en Guadalajara. Camarena logró infiltrarse al rancho *el Búfalo* lo que le permitió confirmar la clandestinidad e ilegalidad en la que operaba el rancho de Caro Quintero. Camarena informó todo a la embajada, por lo que el gobierno mexicano tuvo que actuar en un operativo histórico, logrando destruir aproximadamente 11,000 toneladas de marihuana (Valdés Castellanos, 2013).

Esta acción le costaría la vida tanto al piloto Alfredo Zavala como al agente Enrique Camarena. Ambos fueron secuestrados, torturados y finalmente asesinados dos días después. En estos crímenes participaron, tanto la gente de Rafael Caro Quintero, como policías judiciales corruptos. Los cuerpos fueron encontrados en un rancho en Michoacán, perteneciente a un exdiputado local. El asesinato de un agente de la DEA, tendría graves consecuencias, no solo para Caro Quintero, sino para los cárteles mexicanos. La DEA iniciaría la búsqueda de Caro Quintero, por lo que el narco escaparía a Costa Rica y un mes después, en abril de 1985, sería capturado tras su huida a Centroamérica (Valdés Castellanos, 2013). Estuvo en prisión hasta el año de 2013, siendo liberado antes de cumplir su condena inicial, debido a la “resolución de un tribunal que ordenó su liberación, [ya que] Caro Quintero no debió ser juzgado por tribunales federales sino por uno estatal, pues [Camarena] no era un funcionario diplomático ni oficialmente formaba parte del cuerpo consular estadounidense” (BBC News, 2013).

Tras su liberación, Caro Quintero concedería una entrevista en exclusiva para la Revista Proceso (2016), en la que aseguraba que nunca tuvo nada que ver con la muerte de

Camarena. Sin embargo, aceptó sus acciones como traficante de marihuana, en el que muestra un discurso de “arrepentimiento” por sus acciones ilícitas. De igual manera, explica el contexto por el cual, él y muchas otras personas, se ven inmersas en el negocio del narcotráfico debido a las condiciones de pobreza, desigualdades y la falta de oportunidades que hay en México. Asimismo, negó continuar en el mundo del narcotráfico. Actualmente, es prófugo de la justicia estadounidense, ya que insisten en que es culpable del asesinato de Camarena.

Después de la captura de Caro Quintero en 1985, el gobierno estaba decidido a detener a otros líderes del narcotráfico ante las presiones del gobierno estadounidense, por lo que, a los pocos días de su detención, sería capturado Ernesto Fonseca Carrillo, “Don Neto”, quien se había resguardado en Ameca, Jalisco, en una casa, propiedad del director de la policía municipal, Candelario Ramos (Valdés Castellanos, 2013). “Don Neto” estuvo en prisión desde 1985 hasta 2016 tras concederle prisión domiciliaria por su avanzada edad y estado de salud y, un año más tarde, alcanzaría la libertad.

El Estado consciente de que muchos servidores públicos estaban coludidos con los narcotraficantes, cesó de su cargo a diferentes figuras pertenecientes a PJF y la DFS, situación que llevó a la desintegración de esa última, por los numerosos casos de corrupción. Dicha institución sería reemplazada por la Dirección General de Investigación y Seguridad Nacional.

En cuanto a Félix Gallardo, perdió la protección de la DFS, pero logró obtener la de la PGR por medio de Guillermo González Calderoni. Ambos se reunieron en, al menos, cinco ocasiones, el último encuentro que tuvieron fue en 1989 en la casa de Budy Ramos, amigo del narcotraficante. Ahí, Félix Gallardo sería traicionado por Calderoni siendo capturado, en el que, de acuerdo con el propio líder del Cártel de Guadalajara, Calderoni se disculparía argumentando que eran órdenes “de arriba” (Infobae, 2020c). Actualmente, Félix Gallardo sigue en prisión cumpliendo una condena de 40 años, por lo que podrá salir hasta el año de 2029.

3.1.5 LA FRAGMENTACIÓN DEL CÁRTEL DE GUADALAJARA, CAUSA COYUNTURAL DE LA GUERRA ENTRE CÁRTELES

Ante la caída de los tres narcotraficantes más importantes del Cártel de Guadalajara, la organización se fragmentó. El narcotraficante y ex agente de la DFS, Rafael Aguilar Guajardo,

convocó a una reunión con todos los líderes para repartir las plazas. Según Valdés Castellanos (2013), fue el propio Félix Gallardo, quien organizó la junta para repartir las plazas del gran cártel, aunque el capo lo negó en su momento.

El reparto del territorio quedó distribuido de la siguiente manera:

- Tecate para el “Chapo” Guzmán.
- Ciudad Juárez y Nuevo Laredo para Rafael Aguilar Guajardo.
- San Luis Río Colorado para Héctor “El Güero” Palma Salazar.
- Nogales y Hermosillo para Emilio Quintero Payán.
- Tijuana para Jesús “Don Chuy” Labra.
- Sinaloa para Ismael “El Mayo” Zambada y Baltazar Díaz Vera “El Bala”.
- Mexicali para Rafael Chao, exagente de la DFS.
- Para el caso de Manuel Beltrán Félix, Rigoberto Campos y Javier Caro Payán, podrían moverse libremente por todas las plazas con la condición de no generar problemas a los otros capos además de actuar como enlaces.

En cada plaza todos los narcos, tanto mexicanos como extranjeros, podían llegar con droga, pero tenían que pagar una cuota a los líderes de la plaza correspondiente.

A pesar de la reorganización de los territorios para los diversos grupos delictivos, los problemas al interior de cada uno no estuvieron exentos. Los grupos de narcotraficantes que no formaban parte de un clan familiar empezarían a fragmentarse, como la de “El Güero” Palma, Rafael Chao y Emilio Quintero y, a su vez, surgirían nuevos cárteles. La dispersión de los diferentes capos daría lugar a una guerra entre cárteles (Valdés Castellanos, 2013).

Durante la década de 1990, la Organización de los Arellano Félix, también conocida como el *Cártel de Tijuana*, operó después de la fragmentación del *Cártel de Guadalajara*. Fue liderado, en sus inicios, por Jesús “Don Chuy” Labra, sin embargo, prefirió cederles el liderazgo a sus sobrinos, los hermanos Benjamín y Ramón Arellano Félix. La organización criminal no poseía un gran territorio, por lo que se enfocaron en conseguir proveedores que les pudieran abastecer de cocaína, marihuana, heroína y metanfetaminas. Lograron el respaldo

de la policía para que les permitieran llevar las drogas hasta Tijuana, punto estratégico, imprescindible, para cruzar la droga a Estados Unidos (Valdés Castellanos, 2013).

La cocaína era abastecida por los, ya extintos, cárteles colombianos de Cali y de Medellín, este último liderado por Pablo Escobar. Tras la extinción de dichos cárteles, establecieron nexos con las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, un grupo guerrillero marxista-leninista, que, a partir de 1980, se involucró en el narcotráfico, el cual, en sus inicios, recibían del *Cártel de Tijuana*, pagos en efectivo a cambio de la droga, pero después de 1998 cobraban con armamento que era enviado por el director general de la Policía Federal de Caminos del gobierno de Salinas de Gortari. Para la heroína y las metanfetaminas, tenían proveedores asiáticos, esta última también era importada desde Europa y la marihuana se obtenía a través de organizaciones criminales mexicanas con los que habían establecido nexos desde la época del *Cártel de Guadalajara*. Una de ellas, fue la organización de Amezcua Contreras de Guadalajara, considerada como una de las organizaciones con mayor producción de drogas en México, logrando establecer laboratorios en Colima, Jalisco, Michoacán y Ciudad de México (Valdés Castellanos, 2013).

Tijuana era una plaza codiciada por los demás cárteles de las drogas, por ser el paso de la droga hacia Estados Unidos; la organización de los Arellano Félix, tenía una fuerza armada bien equipada, lo que le permitía defender el territorio y abatir a sus enemigos. Ramón Arellano, quien era el sicario del *Cártel de Tijuana*, era violento y sanguinario en contra de sus enemigos, él daría el primer golpe contra el Cártel de Sinaloa, asesinando a la esposa e hijos de “El Güero” Palma, situación por la cual, inició una guerra entre el Cártel de Tijuana contra Héctor “El Güero” Palma y el “Chapo” Guzmán, pertenecientes al *Cártel de Sinaloa* (no hay que confundirlo con el Cártel de Guadalajara de Félix Gallardo). El contraataque se hizo presente en el *antro* de nombre *Christine*, al que llegaron 50 sicarios del Cártel de Sinaloa para acribillar a Francisco y Ramón Arellano. En el ataque murieron seis personas, pero los hermanos Arellano Félix lograron salir ilesos. Posteriormente, los Arellano Félix intentaron asesinar a el “Chapo”, pero este, fue confundido con el cardenal Juan Jesús Posadas Ocampo, quien sería asesinado por error. En 2002, finalmente, el “Chapo” logró asesinar a Ramón Arellano en Mazatlán; un mes más tarde, Benjamín Arellano sería detenido y, 4 años después, pasaría por la misma suerte, Francisco Arellano. La muerte y detención de sus líderes, hizo que uno de los cárteles más poderosos de México fuera decreciendo, al punto de perder, tanto

protagonismo en el negocio de las drogas, como el control de Tijuana y en el que, actualmente, está en disputa por el *Cártel de Sinaloa* y el *Cártel de Jalisco Nueva Generación* (El Heraldo de México, 2020). De la fragmentación del *Cártel de Tijuana* se tiene registro de un nuevo grupo conocido como el *Cártel de Tijuana Nueva Generación* (Insight Crime, 2020b). De acuerdo con El Heraldo de México (2020), lo que queda de la organización, casi fragmentada, de los Arellano Félix, está al frente su hermana, Enedina Arellano Félix, alias “La Narcomami”, quien fungía en sus inicios como operadora financiera del cártel.

El Cártel de Juárez fue otra organización importante después de la fragmentación del Cártel de Guadalajara. Este cártel surgió a raíz del asesinato de Pablo Acosta en 1987, líder de Ojinaga, Chihuahua, situación que le permitió a Amado Carrillo Fuentes, “El señor de los cielos” apropiárselo, quien se encargó de reorganizar lo que quedaba de la mafia de Ojinaga y la trasladó hacia Ciudad Juárez, constituyendo ahora, el Cártel de Juárez. En Ciudad Juárez continuó con el trabajo de su antecesor, que era enviar cocaína colombiana a los Estados Unidos. Su apodo se atribuye a una flotilla de aviones *Boeing* y *Caravelley* con la que contaba para transportar hasta seis toneladas de cocaína, que representaban el 60% del total de la droga colombiana.

A diferencia de las excentricidades que caracterizaron a otros capos de la época, Amado Carrillo Fuentes era discreto en sus operaciones y en su vida privada, ya que buscaba pasar desapercibido ante la ley. Sin embargo, en 1993, tras un atentado en contra del capo, levantó sospechas, lo que daría lugar a que el gobierno mexicano y estadounidense iniciaran investigaciones en su contra.

En años posteriores, viajó a Rusia, Cuba y Chile para expandir los negocios de las drogas. Ante la incertidumbre que vivía, por convertirse en un sospechoso criminal, lo llevó a realizarse una cirugía plástica y una liposucción en la Ciudad de México, la cual tenía como fin, modificar su rostro e imagen para pasar desapercibido por la ley; sin embargo, la intervención quirúrgica lo llevaría a su muerte. Tras este hecho, los médicos que intervinieron en él, corrieron con la misma suerte, ya que fueron asesinados de una manera brutal (Infobae, 2020a).

Los hermanos de Amado, Vicente y Rodolfo Carrillo Fuentes, se hicieron cargo de la organización tras su muerte, situación que dio inicio a una fuerte disputa por el poder. Los líderes terminarían aliándose con Juan José Esparragoza Moreno, “El Azul”, Ismael, “El

Mayo” Zambada, el “Chapo”, líderes del *Cártel de Sinaloa* y a los Beltrán Leyva, alianza por la cual, la policía mexicana la llamaría *La Federación*. Esta organización se fragmentaría, rápidamente, tras el asesinato de dos socios del “Chapo” a cargo de Rodolfo Carrillo Fuentes, lo que daría lugar al inicio de una guerra con el *Cártel de Sinaloa* hasta hoy en día. La causa del fin de la alianza entre el *Cártel de Juárez* y *Cártel de Sinaloa* data del año 2002, tras el asesinato de dos agentes del “Chapo” a cargo de Rodolfo Carrillo Fuentes, situación que desataría un conflicto entre ambas organizaciones. El *Cártel de Juárez* ha logrado crear nexos con la policía en diferentes niveles, reclutar desertores de las Fuerzas Especiales del Ejército Mexicano, así como establecer una alianza con Los Zetas (Insight Crime, 2010, 2017). Actualmente, la organización se ha fragmentado en nuevas organizaciones criminales como el *Nuevo Cártel de Juárez* y *La línea*, lo que queda de ella se cree que se encuentra en declive (Arrieta, 2019).

En cuanto al *Cártel de Sinaloa* se encontraba al frente Héctor “El Güero” Palma Salazar, pero tras su captura en 1995, la organización quedó en manos de el “Chapo” Guzmán. Si bien, previamente se comentó que las relaciones entre el *Cártel de Sinaloa* y la Organización de los Arellano Félix eran hostiles por el poder, el control de las plazas y por establecer un monopolio del tráfico de drogas, dichas ambiciones los llevó a una guerra que culminaría con la detención y/o muerte de sus líderes. En noviembre de 1992, el *Cártel del “Chapo”* lanzó un ataque en una fiesta del *Cártel de Tijuana* en Puerto Vallarta, asesinando a un total de nueve personas. Esto generó un intento de asesinato en contra del “Chapo” en 1993, situación que lo obligó a huir a Guatemala, pero dos semanas después, sería detenido y arrestado en el penal de Puente Grande. Dos años más tarde, en 1995, “El Güero” Palma también sería arrestado.

Tras el arresto de los líderes, los hermanos Beltrán Leyva ayudaron a mantener el orden y el control del *cártel*. El Chapo tuvo cierto control de la organización desde la cárcel; sin embargo, en 2001, logró fugarse de la cárcel, ocultándose en un carrito de ropa que era empujado por un hombre de nombre Chito y que, tras pasar todas las puertas de seguridad, abordó en un camión de basura y logró escapar, por primera vez, de la cárcel. Dentro de la cárcel, el “Chapo” gozaba de privilegios y logró construir una red de complicidad lo que le permitió escapar de manera dudosa. Además, se dice que los propios hermanos Beltrán Leyva ayudaron en su fuga. La huida del “Chapo” le permitió retomar el liderazgo del *cártel* (El Universal, 2019b; Insight Crime, 2017).

En 2014, el “Chapo” sería recapturado en Mazatlán, Sinaloa y encarcelado en el penal de Almoloya, pero un año después se fugaría nuevamente de la cárcel a través de un túnel. Finalmente, en 2016 viviría su tercera captura en los Mochis, Sinaloa, para ser encarcelado nuevamente en Almoloya y, posteriormente, ser extraditado a los Estados Unidos con una condena de cadena perpetua. Actualmente, el cártel se encuentra liderado por “El Mayo” y por los hijos del “Chapo” Ovidio, Iván Archivaldo y Jesús Alfredo, conocidos como “Los Chapitos” (Insight Crime, 2019).

Uno de los enfrentamientos que más ha estremecido a la nación fue el choque entre militares y sicarios del Cártel de Sinaloa en 2019, la causa, el despliegue de un operativo en contra del cártel para detener al hijo del “Chapo”, Ovidio Guzmán. Tras confirmarse la presencia de Ovidio Guzmán en un inmueble situado en Culiacán, este fue rodeado para capturar al capo. Una hora después, sicarios del Cártel de Sinaloa rodearon las Bases Militares de Operaciones en Cósala, Costa Rica y El Fuerte para aprender a militares. También se reportaron hostilidades en diversos puntos de la ciudad entre militares y narcotraficantes, sembrando terror entre sus habitantes, ya que se hizo quema de vehículos civiles, así como la liberación de reos del penal de Aguaruto. Ante la violencia y el temor del Gobierno Federal de que mucha gente muriera, el presidente López Obrador, ordenó la liberación de Ovidio Guzmán (El Universal, 2020). En diversos videos publicados en redes se pueden apreciar el armamento empleado por los sicarios del cártel como una ametralladora *Browning* M2 calibre .50 y un rifle *Barrett* .50, capaz de derribar hasta un helicóptero, fusiles de asalto AR-15, AK-47 y armas cortas de 9mm (El Herald de México, 2019).

El enemigo del Cártel de Sinaloa no solo es el Estado, ya que tiene conflictos con diversas organizaciones criminales como el Cártel del Golfo, Los Zetas y con los propios Beltrán Leyva, por el control de plazas estratégicas para el tráfico de drogas. Este último grupo, a pesar de haber formado un vínculo con el Cártel de Sinaloa, tras el arresto de Alfredo Beltrán Leyva en 2008, culparon al “Chapo”, lo que iniciaría una guerra entre ambas agrupaciones y comenzaría a operar de manera totalmente independiente (Insight Crime, 2017). Actualmente, el enemigo principal del Cártel de Sinaloa es el Cártel de Jalisco Nueva Generación. Asimismo, ha logrado establecer vínculos, tanto con organizaciones criminales que previamente habían sido sus enemigos, como el Cártel del Golfo y La Familia Michoacana, además han establecido relaciones con agrupaciones criminales extranjeras, así

como con funcionarios del gobierno mexicano, que, de acuerdo con *Insight Crime* (2019), son procedentes del PAN, razón por la cual, sostienen la idea que durante los sexenios de Fox y Calderón, fueron detenidos antiguos enemigos del cártel como Osiel Cárdenas, líder del *Cártel del Golfo* y Benjamín Arellano Félix, jefe del Cártel de Tijuana.

Sin duda alguna, el Cártel de Sinaloa se ha convertido en una de las organizaciones criminales más importantes y reconocidas a nivel mundial, su líder nato el “Chapo”, se convertiría y trascendería como uno de los capos más famosos. Logró establecer importantes vínculos con cárteles y organizaciones criminales en México y otros países, se burló de la ley en múltiples ocasiones, lográndose fugar de la cárcel por tres ocasiones y logró acumular una fortuna de 12,700 millones de dólares según la revista *Forbes* (BBC News, 2020). En la actualidad, el Cártel de Sinaloa, junto con el Cártel de Jalisco Nueva Generación, son los cárteles que dominan el mayor número de plazas en el país.

Por su parte, la historia de la Organización de los Beltrán Leyva se remonta a que desde muy jóvenes iniciaron sus acciones criminales sembrando amapola en Sinaloa, posteriormente, serían contratados como sicarios y transportistas de Amado Carrillo Fuentes en el Cártel de Juárez. Después, lograron establecer lazos con los Guzmán Loera gracias a vínculos matrimoniales y familiares, lo que los llevaría a trabajar en conjunto, sin embargo, seguía existiendo un fuerte vínculo con la organización de “El señor de los cielos”.

El papel que desempeñaron durante su alianza con el Cártel de Sinaloa, era crear un grupo armado que combatiera a los sicarios del Cártel del Golfo, que, en aquel entonces, eran *Los Zetas*. Para la creación del grupo de sicarios tuvieron la colaboración de Edgar Valdez Villareal, alias “La Barbie”, lo que permitiría la conformación de Los Pelones; por su parte, Arturo Beltrán Leyva, crearía las Fuerzas Especiales de Arturo y un exdetective de la policía, crearía a los Negros, tres grupos igual de sanguinarios que los propios Zetas. El conflicto se expandiría a los estados de Guerrero, Morelos, Chiapas, Querétaro, Sinaloa, Jalisco, Quintana Roo, Tamaulipas, Nuevo León, Estado de México y la Ciudad de México por el control del tráfico de drogas (Insight Crime, 2017).

Otro papel que desempeñarían como aliados del “Chapo”, era el de lograr infiltrarse en asuntos políticos y de seguridad pública. La DEA logró grabar una conversación entre Héctor, un miembro de los Beltrán Leyva y Nahúm Acosta, asesor cercano de Vicente Fox.

También se infiltraron en la Agencia Federal de Investigación (AFI), pagando altas nóminas a funcionarios para recibir información (Insight Crime, 2017).

Tras el arresto Alfredo Beltrán Leyva y la supuesta traición del Cártel de Sinaloa en 2008, los Beltrán Leyva se independizarían de la organización y les declararían la guerra, dando como primer golpe el asesinato de Edgar Guzmán, hijo del “Chapo”. Al frente quedarían los hermanos Arturo y Héctor, quienes se empeñaron en luchar por el control de las plazas que tenía en su poder el Cártel de Sinaloa, a su vez, se terminarían aliando a sus antiguos enemigos, Los Zetas (Insight Crime, 2017).

Tanto la guerra con el Cártel de Sinaloa, como la propia “guerra contra el narcotráfico”, emprendida por el gobierno de Calderón, los llevaría poco a poco a su fragmentación, ya que la organización del “Chapo” utilizaría a los contactos que tenían con el gobierno para irlos debilitando poco a poco, asesinandolos o arrestándolos. En 2009, sería asesinado Arturo Beltrán Leyva por elementos del ejército en Cuernavaca, Morelos. Actualmente, todos sus líderes están detenidos o muertos, lo que llevó a la desintegración total de la organización. Sin embargo, el gobierno federal asegura que esta organización tiene presencia, aún, en Sonora (Aristegui Noticias, 2020; Insight Crime, 2017; Infobae 2020d; Rosen, Zepeda, 2015).

De lo que quedo de la organización, “La Barbie” reorganizó al cártel renombrándolo como el *Cártel Del Pacífico Sur*; no obstante, un año después, en 2010, sería capturado. Tras la fragmentación de la Organización de los Beltrán Leyva se conformaron los siguientes grupos delictivos: Los Rojos, Los Mazatlecos, Los Ruelas Torres, Los Granados, Los Ardillos, Cártel Independiente de Acapulco, El 2 mil, Los Guerreros Unidos y La Mano con Ojos. Varios de estos grupos han entrado en confrontación por el poder y control de territorios (Esqueda Arias, 2017; Gutiérrez González, 2019; Infobae 2020d). A pesar de la posible extinción de la Organización de los Beltrán Leyva, actualmente, el Gobierno Federal señala su existencia argumentando que siguen operando en los estados de Sonora, Sinaloa y Oaxaca.

Los Guerreros Unidos es una de las organizaciones que el Gobierno Federal tiene catalogados como una de los cáteles de mayor impacto en el país. Este cártel se constituyó dos años después de la fragmentación de la Organización de los Beltrán Leyva en 2011. Sus fundadores son Mario Casarrubias Salgado, “El Sapo Guapo” y Cleotilde Toribio Rentería, “El Tilde”, antiguos sicarios de los Beltrán Leyva. El grupo opera, principalmente, en los

estados de Morelos y Guerrero. Al tener un pasado de sicariato, se han caracterizado por el uso excesivo de la violencia, atacando múltiples bares en Morelos, además de atribuirles la desaparición de los 43 normalistas en el año de 2014. En 2012, “El Tilde” fue capturado, respectivamente, “El Sapo Guapo” en 2014. Su líderes actuales son “El Chino”, Salomón Pineda Villa “El Molón”, “El Chucky” y María de los Ángeles Pineda, esposa del exalcalde de Iguala José Luis Abarca Velázquez –a quien se le responsabilizó del atentado en contra de los 43 estudiantes– (Insight Crime, 2021).

3.1.6 EL SURGIMIENTO DE LOS CÁRTELES EN EL GOLFO DE MÉXICO: BRUTALIDAD Y VIOLENCIA SIN PRECEDENTES

Para finales de los ochenta, la historia del narcotráfico cobraría un nuevo rumbo. Tras la desintegración del Cártel de Guadalajara durante la era de Félix Gallardo, emergió un nuevo cártel totalmente independiente de los ya existentes en el noroeste, conocido como el Cártel de Tamaulipas o Cártel del Golfo. Esta organización se distinguiría en su forma de operación a diferencia de los cárteles del noroeste, mostrándose muchísimo más sanguinarios debido a su grupo de sicarios conocidos como Los Zetas, además de adentrarse a otros negocios criminales logrando posicionarse, rápidamente, a nivel nacional como uno de los cárteles más temidos e importantes del país.

Esta organización fue liderada en sus inicios por un contrabandista llamado Juan Nepomuceno Guerra, quien durante la época del modelo de sustitución de importaciones se encargó de contrabandear productos extranjeros que estaban vetados por el gobierno mexicano para evitar que los productos nacionales compitieran con los del exterior, por lo que Guerra aprovechó las circunstancias para introducir este tipo de productos al país para su comercialización. Lo que permitió catapultar el negocio de Guerra fueron sus relaciones con líderes sindicales tamaulipecos como Agapito Hernández Cavazos, líder de la Confederación de Trabajadores de México (CTM), con Pedro Pérez Ibarra, líder del sindicato de la Aduana de Nuevo León, quien tuvo una relación cercana con Raúl Salinas Lozano, padre del expresidente de México Carlos Salinas de Gortari. Sin embargo, después de la implementación del modelo neoliberal en la década de 1980, las barreras comerciales se derribaron y se empezó a introducir, de manera legal, productos extranjeros, situación que llevó a Guerra y a su sobrino

Juan García Ábrego a adaptarse a las nuevas circunstancias buscando un negocio lucrativo como lo había sido el contrabando, por lo que optaron por introducirse al mundo del narco y de esta manera surgió el Cártel del Golfo (Valdés Castellanos, 2013).

En el Cártel del Golfo no estaban inmersos sinaloenses, sino agentes del Estado como Guillermo González Calderoni, quien tuvo nexos en su momento con Félix Gallardo, así como Carlos Aguilar Garza de la PGR, quien había coordinado la Operación Cóndor en el Triángulo Dorado en 1977. En 1990, al igual que con Félix Gallardo, Calderoni detendría a Guerra, pero de acuerdo con Valdés Castellanos (2013), fue una detención mediática, ya que nunca pisó la cárcel y los cargos que se le atribuyeron eran menores. La edad avanzada de Guerra dio lugar a que le heredara el liderazgo a su sobrino Juan García Ábrego, quien sería detenido y extraditado a Estados Unidos en 1996, ya que él había nacido en Texas. A pesar de ser una “empresa” bien consolidada, tenía la problemática de que al no ser un cártel familiar como los de Sinaloa, se generaban conflictos internos violentos por hacerse del poder. Después de varias disputas a muerte por el liderazgo del cártel, llegaron al poder Osiel Cárdenas y Salvador “Chava” Gómez. Las diferencias entre Cárdenas y “Chava”, culminaron con el asesinato de este último por parte de Cárdenas, ganando no solo el liderazgo de manera unipersonal, sino el apodo de “el mata amigos” (Valdés Castellanos, 2013).

En 2003 Cárdenas fue detenido, por lo que nuevamente iniciaría la disputa por el poder, contexto en el que se encontrarían en el liderazgo cinco personas: Cárdenas que seguía dando órdenes desde la prisión de Almoloya, además de dejar en su lugar a su hermano Antonio Ezequiel Cárdenas “Tony Tormentas” y a Eduardo Costilla “El Cos”, también se sumó al poder Miguel Ángel Treviño el “Z-40” y Heriberto Lazcano “El Lazca” (Valdés Castellanos, 2013).

La organización traficaba cocaína a Estados Unidos desde la frontera entre Texas y Tamaulipas, la cual importaban desde Guatemala por vía terrestre y por la vía marítima a través de las costas de Campeche, Veracruz y Tampico. También comercializaban la droga desde Guerrero y Michoacán hasta San Luis Potosí y Zacatecas, pasando por Coahuila y Nuevo León para llegar a Tamaulipas y, finalmente, ser enviada a Estados Unidos por medio de aviones (Valdés Castellanos, 2013).

El Cártel del Golfo se caracterizó por la violencia ejercida por su grupo paramilitar denominado Los Zetas, controlados por el “Z-40” y “El Lazca”. El origen del grupo de sicarios

del Cártel del golfo se remonta a Arturo Guzmán Decena el “Z-1”, teniente desertor del Ejército Mexicano, quien se había unido al Cártel del Golfo y tenía la encomienda de reclutar a otros militares desertores. Todos los miembros se hacían llamar a sí mismos “Z” con una denominación numérica que les permitiera distinguirse, todo esto para poder permanecer siempre en el anonimato ante su condición de desertores del ejército.

En un inició eran 14 y, posteriormente, fueron un total de 67; para el año 2003 ya eran 300 reclutados (Valdés Castellanos, 2013 e Infobae, 2019a). Se llegaron a alistar exmiembros del Grupo Aeromóvil de Fuerzas Especiales (GAFFE), soldados de élite que habían recibido entrenamiento en Israel por estadounidenses. También entraron militares guatemaltecos conocidos como *Kaibiles*, caracterizados por su sanguinaria, reprimiendo grupos indígenas de aquel país. De acuerdo con Plumas atómicas (2020), los Kaibiles trajeron la “tradición” a México de decapitar y desmembrar a sus enemigos, prácticas que implementarían, posteriormente, otros cárteles. En 2003, se encontraron mantas que invitaban a militares y exmilitares a formar parte de la organización:

El grupo operativo Los Zetas te necesita, soldado o ex-soldado. Te ofrecemos un buen salario, comida y atención para tu familia: ya no sufras hambre ni abusos nunca más. Únete al Cártel del Golfo. Te ofrecemos beneficios, seguro de vida, casa para tu familia. Ya no vivas en tugurios ni uses los peseros. Tú escoges el coche o la camioneta que quieras (Valdés Castellanos, 2013, p. 215).

Muchos militares optaron por desertar e integrarse al cártel. De manera hipotética, el móvil que los pudo haber motivado a su ingreso, es la posibilidad de lograr la movilidad social a través del crimen organizado. Los Zetas sería el primer grupo criminal de México con los mejores sicarios, constituyéndose como una organización, casi invencible, comparados con los sicarios de Sinaloa, debido a que no eran pandilleros o civiles sin ningún entrenamiento militar; a diferencia de ellos, que eran profesionales de la guerra. También crearon un campo de entrenamiento militar para nuevos reclutas (Plumas Atómicas, 2020).

La forma en cómo los Zetas han logrado el control social de la población, es diferente a cómo lo hacen los cárteles tradicionales del noroeste del país, a través de “obras de caridad”, regalando despensas, dinero o haciendo obras públicas. Los Zetas imponen terror en las calles por medio de masacres para lograr el sometimiento de la población, los gobiernos y los medios periodísticos. Por ejemplo, el asesinato de 72 migrantes en Tamaulipas en 2010, la

desaparición masiva de 300 personas, la destrucción de 32 casas en la comunidad de Allende, Coahuila en 2011 o la masacre de 52 inocentes dentro del Casino Royale en Monterrey en 2011 (Infobae, 2019a). Tanto el terror infundido, como la organización militarizada, les permitió enfrentarse a sus enemigos y expandirse rápidamente por el país.

Los Zetas dejaron de ser únicamente el brazo armado del Cártel del Golfo para adentrarse directamente a otros negocios criminales lucrativos para beneficio exclusivo del grupo armado. Rápidamente empezaron a monopolizar todo tipo de crímenes en sus diferentes vertientes desplazando a otros grupos criminales en el robo de automóviles, el secuestro, el *huachicoleo* (robo de combustible), el narcomenudeo, la piratería de películas DVD, el tráfico de migrantes, la trata de personas, el cobro de piso a otros grupos delictivos para permitirles operar libremente, así como la extorsión en negocios de la población. Para facilitar sus operaciones, compraron en diversas plazas las fuerzas policíacas locales para que los dejaran operar libremente. En cada ciudad dejaban un capo encargado de custodiar y vigilar los negocios de la mafia.

La capacidad operativa de Los Zetas llegó al punto de tener bajo su control una cárcel en Piedras Negras, Coahuila entre 2009 y 2012, en la cual se llevaban a cabo las siguientes operaciones:

a) Era un refugio seguro para los jefes Zeta que deseaban esconderse de los federales fuera de la nómina criminal; b) les servía para obtener ingresos vendiendo drogas, refrescos y chicharrones, cobrando cuotas por el uso de las celdas y rentando los cuartos utilizados para la visita conyugal; c) les proporcionaba un lugar discreto y seguro para instalar los compartimentos secretos en los automóviles que llevarían drogas a Estados Unidos; d) servía de base para reclutar sicarios; y e) era un centro para confinar temporalmente a los secuestrados y para torturar, ejecutar y desaparecer cadáveres (Aguayo, Dayán, 2018, p. 7).

Se reportaron dentro de la cárcel un total de 150 homicidios. De igual forma, los sicarios también emplearon las instalaciones para hacer fiestas con mujeres. El jefe y, a su vez, convicto de la cárcel, Ramón Burciaga Magallanes “El Maga”, era un miembro de los Zetas (Martínez Ahren, 2016). De acuerdo con Aguayo y Dayán (2018), los pasatiempos del jefe de la cárcel eran los siguientes:

Algunos pasatiempos del Jefe de Cárcel eran inofensivos:

- a) Un interno recuerda que “se ponía a cantar con micrófono el karaoke”. A veces lo hacía parándose en “unos escalones que están en la entrada” del penal.
 - b) Dos custodios añaden que “organizaba a los equipos de béisbol y fútbol” de la cárcel y “patrocinaba los uniformes de fútbol a los internos”.
 - c) A veces utilizaba sus privilegios para “salir por las mañanas [de la cárcel] a tomar café y leer los periódicos, comer por la tarde en un buen restaurante y regresar a su celda en la noche”.
- Otros hábitos eran siniestros:
- a) Seleccionaba a “esposas, hermanas o familiares de internos” para tener relaciones sexuales.
 - b) Durante algún tiempo, las autoridades tuvieron que cerrar las torres de vigilancia de la cárcel porque al *Jefe de Cárcel* se le ocurrió disparar “por pura diversión a los guardias”.
 - c) Al parecer era homófobo porque, según un recluso, “mandó [a] electrocutar a un joto [...] porque lo vieron coger[se] a otro vato” (Aguayo, Dayán, 2018, p. 8).

Siempre existieron rumores en Piedras Negras de que Los Zetas controlaban esa cárcel con fines particulares, asimismo, los testimonios señalan que el grupo delictivo tenía bajo su control a la policía municipal de Piedras Negras, lo que les permitió adueñarse de la cárcel. Con el debilitamiento de Los Zetas en 2012, así como la fuga de 132 reclusos del penal, fueron las causas por las cuales, las autoridades iniciaron una investigación y, con base en los testimonios recabados, “supieron” de los crímenes cometidos por *Los Zetas* en el penal. Después de la fuga, la cárcel fue cerrada de manera indefinida (Martínez Ahren, 2016).

De acuerdo con Valdés Castellanos (2013), *Los Zetas*, al ser un grupo de sicarios asalariados contratado por Osiel Cárdenas, sus ingresos estaban bastante limitados, por lo que el líder del cártel les permitía hacer sus propios negocios para tener sus fuentes de financiamiento, es por ello, que desempeñaron ese tipo de crímenes altamente lucrativos. Tras el paso del tiempo y la importancia que adquiriría el grupo armado del cártel, *Los Zetas* quisieron trascender para dejar de ser meramente empleados de la organización y convertirse en socios de Cárdenas, ya que el negocio de la droga es muchísimo más grande que el de los otros crímenes antes mencionados, situación que los llevaría, en 2010, a una ruptura con el Cártel del Golfo, siendo su primer golpe, arrebatarles, por la fuerza, las plazas de Tamaulipas, Nuevo León y Coahuila (Valdés Castellanos, 2013). A pesar de dicha ruptura, el Cártel del Golfo sigue operando hasta la actualidad.

Los Zetas, una vez inmersos en el negocio de las drogas y constituyéndose como un cártel totalmente independiente, emprendió una guerra con diversas agrupaciones criminales como con el Cártel del Golfo y el Cártel de Sinaloa. A su vez, establecieron alianzas con la

Organización de los Beltrán Leyva –enemigos del Cártel de Sinaloa– y con *La Familia Michoacana*. Además, establecieron nexos con organizaciones criminales internacionales procedentes de Centroamérica, Colombia, Venezuela, Europa, Estados Unidos y África Occidental (Insight Crime, 2016).

A pesar de su consolidación a nivel nacional, la organización presentó la misma problemática de las organizaciones criminales que no formaban parte de un clan familiar, la disputa por el poder. En 2010, la organización estaba liderada por Heriberto Lazcano “El Lazca”, pero en 2012, moriría abatido en un enfrentamiento con la marina en Progreso, Coahuila. El liderazgo pasó a manos de Miguel Ángel Treviño el “Z-40”, pero un año más tarde, sería capturado cumpliendo su condena hasta la actualidad (Plumas atómicas, 2020). Las rivalidades por el control y liderazgo del cártel, dio lugar a una nueva ruptura en el que emergerían las siguientes agrupaciones: *Los Zetas Vieja Escuela* constituidos por lo que quedó de la agrupación original, el *Cártel del Noreste*, los *Talibanes*, la *Sangre Zeta*, el *Cártel de La Laguna*, los *Dorados*, el *Grupo Operativo Los Zeta*, las *Fuerzas Especiales Zetas* y *La Negra*, además de la existencia de otras dos agrupaciones sin nombre identificado que operan en Chiapas y Tabasco (Gutiérrez González, 2020). Estas nuevas agrupaciones siguen operando en la actualidad bajo los mismos códigos sanguinarios que los ha caracterizado históricamente.

3.1.7 EL NARCOTRÁFICO EN TIERRA CALIENTE Y EL BAJÍO: CRIMEN ORGANIZADO, SECTAS Y AUTODEFENSAS

Desde el surgimiento del Cártel del Golfo y Los Zetas de 1990, emergieron, progresivamente, nuevas organizaciones criminales durante las últimas tres décadas, con un pasado histórico singular, desvinculado, totalmente de las organizaciones que tradicionalmente surgieron en Sinaloa.

Tal es el caso de un cártel poco conocido que surgió en la década de 1990, llamado la *Organización de los Valencia o Milenio*. Es una organización procedente de Michoacán, operada por los primos Armando Valencia y Luis Valencia. Su historia criminal se remonta a los años ochenta, cuando migraron a Estados Unidos en búsqueda de mejores condiciones de vida, logrando incursionar en acciones ilícitas desempeñándose como narcomenudistas en California. El ahorro de su “trabajo”, les permitió regresar a Michoacán y comprar tierras que

emplearían para la producción de marihuana e iniciarían su exportación hacia Estados Unidos debido a los contactos que establecieron durante su estancia en California (Valdés Castellanos, 2013).

Lograron establecer vínculos nacionales como con “El señor de los cielos”, enviando parte de su producción a Ciudad Juárez. Gracias a Amado Carrillo Fuentes, establecieron nexos con cárteles colombianos. Ante la subida de los precios por el tráfico de la droga colombiana, por parte de los cárteles tradicionales mexicanos, los Valencia aprovecharon la oportunidad para abrirse brecha en ese negocio. Traficaban la droga colombiana por medio de buques que arribaban al puerto de Lázaro Cárdenas en Michoacán y, posteriormente, era movilizada hacia Ciudad Juárez y Nuevo Laredo para, finalmente, ser enviada al otro lado de la frontera norte. Valdés Castellanos (2013) considera que posiblemente tuvieron una relación con Guerra, líder del Cártel del Golfo, ya que él era quien controlaba Nuevo Laredo, pero cuando *Los Zetas* ocuparon dicha plaza, los Valencia entraron en conflicto con ellos, por lo que se aliaron al Cártel de Sinaloa.

Se caracterizaron por tener un perfil tan bajo que el gobierno mexicano no supo de su existencia hasta que la DEA solicitó al gobierno nacional la detención de los líderes de dicha organización. A partir de 2003, el cártel experimentó sucesos de inestabilidad. En dicho año Armando Valencia fue detenido en Guadalajara, ante esta situación, la organización entró en declive. Un segundo golpe que recibió la organización fue la invasión de Los Zetas a Michoacán con el objetivo de arrebatarle la plaza a *Milenio*, desatando una guerra entre ambas organizaciones. Un tercer golpe fue el arresto en 2010 de los líderes de Milenio, los hermanos Óscar Orlando Nava Valencia “El Lobo” y Juan Carlos Nava Valencia “El Tigre”. En ese contexto, Ramiro Pozos González, alias “El Molcas”, quien pertenecía a Milenio y era fiel a los Valencia, acusó de traición a sus compañeros Nemesio Oseguera Cervantes, “El Mencho” y a Erick, “El 85” Valencia Salazar de traición, culpándolos del arresto de sus jefes en 2010 (Guaderrama, 2019). La fragmentación paulatina de Milenio dio lugar a la conformación de dos nuevas organizaciones: *La Resistencia* y *Los Torcidos*, estos últimos conformarían, posteriormente, el Cártel de Jalisco Nueva Generación (Valdés Castellanos, 2013; Aguilar Valenzuela, 2011).

La Resistencia tenía como líderes a “El Molcas”, Elpidio Mojarro Juárez, “El Pilo” y Víctor Manuel Torres García, “El Papirín”. La conformación de esta organización tenía dos

objetivos en particular: vengar la traición de “El Mencho” y “El 85”, en contra de Milenio y controlar el tráfico de drogas en las inmediaciones de Michoacán y Jalisco (El Mundo, 2012).

La Resistencia estableció una alianza con *Los Zetas* para combatir al “El Mencho” y a “El 85”, ahora líderes del Cártel de Jalisco Nueva Generación. También contó con el apoyo del Cártel de Golfo y La Familia Michoacana. En 2011, operaron en los estados de Jalisco, Colima, Michoacán, Estado de México y la Ciudad de México. En 2012, “El Molcas”, sería detenido, situación que daría lugar a la fragmentación total de la organización (Aguilar Valenzuela, 2011; El Mundo, 2012).

El Cártel de Jalisco Nueva Generación, surgió a raíz de la ruptura de Milenio, pero también de una derivación del Cártel de Sinaloa. Milenio mantuvo nexos con este, especialmente con Ignacio Coronel Villarreal, por fines comerciales y para constituir una fuerza armada que permitiera contrarrestar el expansionismo de *Los Zetas*. Los grupos armados que surgieron de la alianza Sinaloa-Milenio se les denominaron los Anti-Zetas o los Mata-Zetas. Estos grupos paramilitares también se han enfrentado a los sicarios de La Familia Michoacana y de Los Caballeros Templarios (Flores Pérez, 2017).

El Cártel de Sinaloa conformó un grupo armado conocido como “Gente Nueva”, ya que era la firma que dejaban tras eliminar a sus enemigos. El líder era Noel, “El Flaco” Salgueiro Nevarez, personaje cercano al “Chapo”. En estos grupos armados estaba uno controlado por “El 85”, quien perteneció a Milenio y colaboró con Ignacio Coronel. A “El 85” se le responsabilizó de la ejecución y abandono de 35 cadáveres en una avenida de Boca del Rio, Veracruz en 2011, como parte de un ataque en contra de Los Zetas. La muerte de Ignacio Coronel en 2010 y tras la fragmentación de Milenio, “El 85” inició una disputa con el grupo criminal *La Resistencia* por el control del tráfico de drogas en Jalisco y Colima, contexto en el que se dio a conocer la conformación de una nueva organización criminal denominada como El Cártel de Jalisco Nueva Generación liderada por “El 85” y por “El Mencho” (Flores Pérez, 2017).

La organización del Cártel de Jalisco Nueva Generación se asemeja a la de Los Zetas, es decir, están entrenados bajo tácticas de combate complejas y cuentan con armamento de alto calibre, lo que les permite combatir a grupos con particularidades similares. Al igual que Los Zetas, este grupo cuenta con exmilitares pertenecientes a las Defensas Rurales adscritas a la 43 Zona Militar, tal es el caso de Juan José “El Abuelo” Farías Álvarez (Flores Pérez,

2017). Han aparecido diversos videos de esta organización en la web en los se pueden apreciar a grupos de sicarios altamente armados. En uno de ellos se muestran “dos camiones modificados desde las ruedas al techo con placas de hierro, como [...] tanques caseros [...] conocidos como monstruos. [Sus miembros portan] fusiles AK-47 y R-15 y chalecos antibalas [identificándose] como ‘pura gente del Mencho’” (García, 2021). En otro video se pueden observar más de 900 metros de vehículos formados juntos con sus miembros, ovacionando al “Mencho”. Se pueden apreciar “camionetas Cheyenne, Lobo, Silverado, Hummer y Jeeps [...] modificados con blindaje artesanal, [pintadas de] camuflaje [y] luces de color rojo y azul [como de la] policía. Se pueden observar [...] fusiles [...] AR-15 M4 y M16” (Infobae, 2020b). En un último video se aprecian cuatro individuos con máscaras de payaso altamente armados tomando cerveza y escuchando el narcocorrido-rap “La Rana”, del Grupo 360 en una camioneta mientras patrullaban a plena luz del día en las calles de la ciudad de Camargo, Tamaulipas, sin que las autoridades los detuvieran. Se cree que son presuntos miembros del Cártel de Jalisco Nueva Generación (Proceso, 2019).

Al igual que los cárteles, tanto del Golfo como de la región de Tierra Caliente y El Bajío, El Cártel de Jalisco Nueva Generación se dedica al narcotráfico, el tráfico de armas, lavado de dinero, extorsiones y el huachicoleo. El Cártel de Jalisco Nueva Generación, ha sido partícipe de múltiples homicidios en contra de funcionarios, policías y cárteles enemigos, empleando fosas clandestinas. En 2018 intentaron asesinar a Luis Carlos Nájera, exsecretario de Seguridad en Jalisco. En 2020, cometieron un atentado en contra de Omar García Harfuch, secretario de Seguridad de la Ciudad de México, quien resultaría herido y el mismo año asesinaron a un juez y su esposa procedentes de Colima, debido a que había encarcelado a varios miembros de la organización (Insight Crime, 2020b).

Al igual que La Familia Michoacana y Los Caballeros Templarios, el Cártel de Jalisco Nueva Generación, ha empleado propagandas idealistas solidarias con la población, prometiendo deshacerse de aquellos cárteles que atenten en contra de la integridad de la gente como lo son Los Zetas o Los Caballeros Templarios. Han realizado “obras benéficas”, como los cárteles del noroeste, para ganar la legitimidad de la población, por ejemplo, en Veracruz, regalaron juguetes en comunidades marginadas y en la zona metropolitana de Guadalajara, regalaron víveres para los grupos vulnerables que se han visto afectados por la pandemia del coronavirus (Covid-19) (Insight Crime, 2020b).

A pesar de que, en un inicio, el Cártel de Jalisco Nueva Generación y el Cártel de Sinaloa, habían tenido una alianza, actualmente se encuentran en guerra, contexto en el que los hijos del “Chapo” fueron secuestrados en 2016 por el Cártel de Jalisco Nueva Generación, como parte de los conflictos en los que están inmersos. Ahora, se enfrentan a diversos grupos que emergieron de Los Zetas, a Los Caballeros Templarios, algunos grupos de autodefensas y al Cártel de Santa Rosa de Lima, organización fundada en 2014, los cuales se ubican en Guanajuato y se dedican al robo de combustible (Galván, 2020 y Espino Bucio, 2019). En contraparte, se cree que están aliados a un grupo que se conformó como parte de una fragmentación del Cártel de Tijuana, el Cártel Tijuana Nueva Generación (Insight Crime, 2020b).

En la actualidad, el cártel tiene presencia en Jalisco, Nayarit, Colima, Veracruz, Guanajuato, Puebla, Querétaro e Hidalgo. Sus líderes, “El Mencho” y el “85”, son buscados por la DEA por sus delitos, ofreciendo recompensas de 10 millones de dólares y 5 millones, respectivamente (Insight Crime, 2020b).

Previo a la conformación de La Familia Michoacana, Los Zetas, cuando aún operaban como brazo armado del Cártel del Golfo, iniciaron sus tan característicos negocios criminales en Michoacán como el narcomenudeo, la extorsión, el cobro de piso, entre otros. Lograron reclutar, de manera voluntaria, a personas michoacanas que habían trabajado para Milenio, pero muchos de ellos no estaban conformes con la brutalidad con la que acostumbraban a operar Los Zetas, por lo que decidieron rebelarse y conformar, en 2006, su propia organización conocida como La Familia Michoacana, declarándoles la guerra a Los Zetas para expulsarlos de Michoacán (Valdés Castellanos, 2013; Animal Político, 2021).

La Familia Michoacana fue fundada por Carlos Rosales Mendoza “El Tisco”. Estaba liderada por Nazario Moreno González, conocido como “El Chayo” o “El más loco” y Jesús Méndez Vargas “El Chango” y un peldaño abajo, estaría Servando Gómez Martínez “La Tuta”. La organización se presentó ante la entidad como un grupo que buscaba hacer “justicia divina” para erradicar a todos aquellos que cometieran atrocidades en contra de la población, ya fueran organizaciones criminales o gobernantes, advirtiéndoles que no permitirían más los robos, las extorsiones, los secuestros, los asesinatos y la venta de metanfetaminas. Sin embargo, su primer ataque fue igual de sanguinario como los que caracterizaban a Los Zetas; en un antro de Uruapan arrojaron seis cabezas pertenecientes a miembros de la organización

antes mencionada, lanzando advertencias para todo aquel que buscara dañar la integridad del pueblo michoacano (Infobae 2021; Valdés Castellanos, 2013).

A pesar de haber empleado un discurso de una organización que protegía los intereses de la sociedad, la realidad es que también desempeñaban actividades criminales brutales, torturando o descabezando a sus enemigos, como es el caso de doce policías que tuvieron la desdicha de ser torturados y asesinados (Nájar, 2014a). También está la existencia de un video en el que un miembro de la organización de nombre Miguel Ortiz “El Tyson”, aparece degollando un cadáver frente a un grupo de jóvenes recién reclutados. En otro video se puede ver cómo cuarenta individuos, rehenes de La Familia Michoacana, son desmembrados poco a poco por sicarios aprendices. Se cree que muchas de estas tácticas fueron aprendidas por medio de los manuales de los Kaibiles (Valdés Castellanos, 2013).

Esta organización tenía aspectos tan particulares a diferencia de los demás cárteles. Por ejemplo, “El Chayo” usaba una retórica espiritualista, tratando de apuntalar al cártel como a una especie de secta religiosa, en la que hablaba de la “justicia divina” en contra de sus enemigos. Escribió un libro titulado *Pensamiento de la Familia*, firmado con el seudónimo de “El más loco”. Esta publicación era una lectura obligada para todos sus miembros. Los valores inculcados a través de la “Biblia de la Familia”, son la prohibición de “consumir drogas, beber alcohol o conducir a exceso de velocidad. Están obligados a portarse con humildad y respetar a los ciudadanos. Robos y violencia contra las mujeres son severamente castigados” (Nájar, 2014a). Algunas de las citas de la biblia de “El más loco” son: “Trata de hacer un bien del don que Dios te dio, usa los poderes de la mente y vive como Dios manda, con humildad” o “Al andar buscando la perfección y la sabiduría me di cuenta de que la perfección no existe ni la sabiduría total, creo que hay algo que se asemeja y se llama humildad, honradez, amor, generosidad, paciencia, aceptación, justicia verdadera” (Nájar, 2014a). El libro convoca a los jóvenes drogadictos a unirse a La Familia Michoacana para “ayudarles” a superar sus adicciones, así como lograr su “salvación y liberación” (Valdés Castellanos, 2013).

Por su parte, “La Tuta”, fue un maestro normalista exguerrillero de la época de las guerrillas de izquierda en Michoacán durante la época de la Guerra Sucia. Su conocimiento como guerrillero le permitió fortalecer a la organización (Valdés Castellanos, 2013).

El cártel logró expulsar al grupo antagónico, Los Zetas, de Michoacán, lo que los catapultaría a expandir su influencia en los estados de Guerrero, Morelos, Guanajuato,

Querétaro, Jalisco y Ciudad de México, consolidando un mercado interno para el comercio de drogas. El control del puerto de Lázaro Cárdenas les permitió establecer un punto comercial de drogas provenientes de Asia y con cárteles colombianos (Insight Crime, 2020c). Posiblemente se aliaron con el Cártel de Sinaloa para compartir, tanto el paso de la droga por las ciudades fronterizas, como el uso del puerto de Lázaro Cárdenas (Valdés Castellanos, 2013). No solo se dedicaron al tráfico de drogas, sino a la extorsión de negocios locales, es evidente la influencia de Los Zetas en la forma en cómo operó La Familia Michoacana

A pesar de ello, La Familia Michoacana atravesó por un periodo de crisis por diferentes circunstancias; por ejemplo, “El más loco”, murió en un enfrentamiento con el Ejército Mexicano en Tumbiscatío, Michoacán en el año de 2014, pero años atrás, hubo diversos rumores de su supuesta muerte en 2010, situación que provocó una ruptura en la organización, en la que “El Chango” se aliaría con La Resistencia el mismo año. Por su parte, “La Tuta” crearía un nuevo cártel llamado Los Caballeros Templarios en 2011. Otro fuerte golpe que sufrió La Familia Michoacana, fue la muerte de Carlos Rosales Mendoza “El Tisco” en 2015 (Infobae, 2021; Valdés Castellanos, 2013).

La Familia Michoacana es liderada por Héctor García, alias “El Jugador” y opera principalmente en su entidad de origen, a pesar de que las fuerzas del orden público, han intentado eliminar a la organización. También es importante recalcar que se encuentran en una guerra con el Cártel de Jalisco Nueva Generación por el control de la plaza de Michoacán (Infobae, 2021).

Por otro lado, la violencia se acrecentó en Tierra Caliente a raíz del surgimiento de Los Caballeros Templarios, que operan de manera similar a La Familia Michoacana, debido a que fue fundado por “La Tuta”, exlíder de dicha organización. Se caracterizan por su brutalidad, además de constituirse como una secta religiosa que buscaba la “justicia” para el pueblo michoacano. Surgieron con el discurso de encargarse de las acciones altruistas que, supuestamente, habían desempeñado La Familia Michoacana. El nombre de la organización se atribuye a la *orden militar-religiosa medieval*, quienes se encargaban de proteger a los peregrinos cristianos que viajaban hacia Tierra Santa en Jerusalén.

Esta organización, tuvo el control del puerto de Lázaro Cárdenas, lo que les permitió tener el flujo comercial que consolidó, en su momento, La Familia Michoacana; sin embargo, su poder era bastante limitado, por lo que tuvieron que buscar alianzas con otros grupos

criminales como *Los Viagras* y el *Cártel de Sinaloa*. Actualmente, mantiene una fuerte lucha en contra del *Cártel de Jalisco Nueva Generación* y *Los Zetas*.

Los Caballeros Templarios emplearon las mismas tácticas criminales que La Familia Michoacana a través del tráfico drogas y la extorsión, cobrando piso a negocios de las plazas que tienen bajo su control. En 2012, se cree que el crimen organizado logró recaudar un total de 176 mil millones de dólares por extorsiones (Fuentes Díaz, Paleta Pérez, 2015). Hoy en día, es un *cártel* en resistencia, enfrentándose principalmente, al poder y expansionismo del *Cártel de Jalisco Nueva Generación* (Insight Crime, 2020a).

El hartazgo de violencia y las extorsiones que los grupos criminales ejercen sobre la población michoacana, así como la corrupción y los resultados negativos de la guerra contra el narco, dieron lugar a que la población en Michoacán se armara para defenderse de sus agresores, surgiendo los *grupos de autodefensas*.

La primera guardia surgió en 2013 en La Ruana, Michoacán, liderada por Hipólito Mora, ganadero y agricultor local, quien buscó defenderse de las extorsiones de Los Caballeros Templarios. Posteriormente, en la región llegaron a constituirse hasta treinta y dos autodefensas. En los estados de Veracruz, Morelos, Tamaulipas y Tabasco, también se ha confirmado la existencia de estos grupos armados, sumando un total de cincuenta. Muchos miembros de las autodefensas, han sido detenidos por la portación de armas y por ejercer la justicia por su propia mano como el Dr. José Manuel Mireles, quien sería arrestado en 2014 y obtendría su libertad en 2017, tras el pago de una fianza. De igual forma, se tiene el registro que otros grupos se han convertido en bandas delictivas como *Los Viagras*, el *Cártel de la Sierra* y el *Cártel del Abuelo* y que el propio *Cártel de Jalisco Nueva Generación*, ha suministrado armamento a algunos de estos grupos (Insight Crime, 2020b). No obstante, hay grupos de autodefensa que han obtenido licencia para operar como policías comunitarios (De Dios, 2019).

3.1.8 EL NARCOTRÁFICO INVADE LA CAPITAL DEL PAÍS

Históricamente, el gobierno mexicano había negado la presencia de grandes organizaciones criminales dedicadas al tráfico de drogas que operaban en la Ciudad de México, sin embargo,

desde los inicios del narcotráfico en el país, han existido bandas locales o pandillas dedicadas al narcomenudeo.

Durante las décadas de 1920 y 1930, el traficante de alcohol, opio y falsificador de dólares, Enrique Fernández Puerta, que operaba en sus inicios en Ciudad Juárez, logró extenderlo hasta Xochimilco y, años más tarde, establecería sus negocios de manera definitiva en la Ciudad de México, tras el choque que tuvo con los hermanos del gobernador de Chihuahua, Rodrigo Quevedo, por el tráfico de drogas. En esa misma época, ya existían pandillas locales que se encargaban de distribuir drogas como la “Reina de la Marihuana” y “Lola la Chata” (Valdés Castellanos, 2013).

En los últimos años, se tienen identificados a tres grupos delictivos dedicados al tráfico de drogas en la ciudad: La Unión Tepito, la Fuerza Antiunión Tepito y el Cártel de Tláhuac. Estas bandas criminales han sido conformadas por pequeñas familias narcomenudistas, procedentes del barrio de Tepito en Ciudad de México, los cuales, con el paso de los años, se han consolidado, no solo como pandillas, sino como grupos del crimen organizado (González Díaz, 2020).

La historia de esas organizaciones criminales, se remonta a la década de 1990, en la que surgió el Cártel Tepito, banda delictiva que se dedicó, principalmente, al narcomenudeo en la ciudad. Mantuvo su poder e influencia hasta mediados 2010, año en el que “La Barbie”, quien operó para la Organización de los Beltrán Leyva, logró unificar a diversas pandillas tepiteñas para constituir las como un solo cártel, *la Unión Tepito*, los cuales iniciarían una guerra en contra del Cártel Tepito para llevarlos a su extinción (Insight Crime, 2020e).

La Unión Tepito se conformó, no solo por pandilleros de Tepito, sino por desertores de la Organización de los Beltrán Leyva y La Familia Michoacana, lo que les permitiría consolidarse y expandir su dominio por toda la Ciudad de México, incluso, logrando eliminar a narcomenudistas que operaban, tanto para Los Zetas, como para el Cártel de Sinaloa. Esta organización criminal no solo se dedica al tráfico y comercialización de drogas en la ciudad, sino también a la extorsión, utilizando el método “gota a gota” que consiste en hacer préstamos a altos intereses a pequeños comerciantes y si estos no pagan sus deudas son amenazados a través de la fuerza física. Este tipo de extorsiones, por medio de préstamos, las realizan, en conjunto, con un grupo criminal denominado como Los Colombianos. También extorsionan

a propietarios de bares y clubes nocturnos. El líder actual, se identifica como Raúl Rojas Molina, alias “El Mi Jefe” (Alarcón, 2017; Insight Crime, 2020e).

Por otro lado, el origen del Cártel de Tláhuac, se remonta a la unión de dos grupos delictivos, la Mano con Ojos y Los Calettri. La Mano con Ojos surgiría de la fragmentación de la Organización de los Beltrán Leyva en 2010. Su líder, Oscar Oswaldo García Montoya “El Compayito”, reclutaría sicarios, pandilleros y narcomenudistas, los cuales operaría en Naucalpan, Tlalnepantla, Atizapán, Cuautitlán Izcalli, Huixquilucan y zonas de la Ciudad de México. En 2011, “El Compayito”, sería detenido en Tlalpan y, en 2012, su sucesor Marco Antonio Hernández García. Por otro lado, *Los Calettri*, fueron una banda que se dedicó al robo y al secuestro en los años noventa, liderada por Felipe de Jesús Pérez Luna, alias “El Ojos”, quien trabajo junto con “El Compayito” en el tráfico de drogas en la Ciudad de México y el Estado de México y, tras su detención, “El Ojos” operaría de manera independiente conformando el Cártel de Tláhuac. A pesar de que su líder fue abatido en 2017, por miembros de la Marina, la organización sigue operando (Esqueda Arias, 2017).

En cuanto a la Fuerza Antiunión, existen dos hipótesis sobre su surgimiento. La primera se cree que emergió como un grupo de autodefensa, que buscaba resistir a las extorsiones de La Unión Tepito en contra de comerciantes; la segunda se considera que nació tras el nombramiento de Roberto Moyado, alias “El Betito”, como el nuevo líder de la Unión Tepito, lo que generaría descontento en muchos de sus miembros, llevándolos a desertar y conformar esta nueva banda delictiva dirigida por Jorge Flores Concha, alias “El Tortas” (Insight Crime, 2020d).

En 2017, el expansionismo del Cártel de Jalisco Nueva Generación, se hizo notar hasta la capital del país con el fin de ampliar sus territorios y buscar alianzas estratégicas con bandas delictivas locales, logrando nexos con el Cártel de Tláhuac y la Fuerza Antiunión (González Díaz, 2020).

Actualmente, todos estos grupos se encuentran en disputa, entre sí, por el control del narcomenudeo y otras actividades ilícitas, lo que ha convertido a la Ciudad de México, en un espacio, en donde los homicidios y la narcoviolencia, en general, ha aumentado, situación que décadas atrás, se encontraba exenta y ahora se asemeja más a la realidad que padece la mayor parte del país.

3.2. LA GUERRA CONTRA LAS DROGAS EN MÉXICO

El 11 de diciembre de 2006, el Estado mexicano le declara la guerra al narco, decisión que marcaría un nuevo rumbo en el país, desencadenando una mayor ola de violencia. Desde la década de 1920 ya se vivía en México, la gran problemática del tráfico de drogas, caracterizada por el choque entre los diversos grupos delictivos por el control del negocio, así como los enfrentamientos entre el crimen organizado y las fuerzas de seguridad pública. La violencia estuvo presente desde aquella época y aumentó en décadas posteriores, situación que dio pauta a que el gobierno de Calderón emprendiera una lucha contra los cárteles de las drogas y el crimen organizado, con el fin de erradicarlos en su totalidad.

Las políticas del combate a las drogas que se implementaron en México a partir de 2006, tienen como antecedente, una política de seguridad que emergió en Estados Unidos durante el gobierno de Nixon en la década de 1970, conocida como la Guerra contra las Drogas (War Drugs), es por ello que, para comprender la guerra contra el narcotráfico en México, es de suma importancia comprender la lógica de la lucha contra las drogas implementada por Estados Unidos.

3.2.1 LA GUERRA CONTRA LAS DROGAS EN ESTADOS UNIDOS: UNA POLÍTICA EXTERIOR CONTRA EL NARCOTRÁFICO EN BOLIVIA, PERÚ Y COLOMBIA

La Guerra contra las Drogas (War Drugs), fue una política de seguridad iniciada durante el gobierno de Nixon. Estas políticas se enfocaron en dos ejes: crear programas sociales para combatir las adicciones de los estadounidenses y conformar una institución encargada de combatir la producción y el tráfico de drogas, es por ello, que, en 1973, se creó la DEA. La estabilización de personas con problemas de adicción con los programas sociales implementados por Nixon, se fue en picada durante la presidencia de Ronald Reagan (1981-1989), debido a que el gobierno dejó de invertir suficientes recursos en el control de las adicciones, lo que incidiría en un giro hacia una política exterior, pues el gobierno estadounidense, consideraba que la problemática de las drogas era más un problema del crimen organizado que de salud, por lo que sus políticas se enfocaron a combatir a los cárteles de las drogas latinoamericanos encargados de proveer de psicoactivos a los estadounidenses.

El golpe sería en contra de las organizaciones delictivas productoras de cocaína en Bolivia y Perú. En Bolivia se producía el 65% de la cocaína a nivel mundial, en Perú el 25% y en Colombia solo el 10%. El resultado de la estrategia antidrogas fue parcialmente positivo, ya que disminuyó la producción de cocaína en esos países, pero la producción se trasladó a Colombia, convirtiéndose en el productor más importante a nivel global (Rosen, Zepeda, 2015).

Esta situación llevó a que las políticas de la guerra contra el narcotráfico se implementaran, ahora en Colombia, entre 1990 y 2012. El gobierno estadounidense invirtió 1000 millones de dólares para combatir a los cárteles colombianos más importantes, el de Medellín y el de Cali. La política consistía en una severa militarización en el país. Los primeros resultados fueron el abatimiento a Pablo Escobar, líder del Cártel de Medellín y combatieron, exitosamente, al cártel de Cali. Sin embargo, el narcotráfico y la violencia continuaron, ya que los dos grandes cárteles se fragmentaron en otros más. Por otro lado, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, aprovecharon la situación para ingresar al negocio de las drogas (Rosen, Zepeda, 2015).

En general, los resultados de la lucha contra las drogas en Sudamérica, fueron la conformación de nuevos cárteles de drogas, el crecimiento de la violencia, el incremento de la producción y tráfico de drogas, la conformación de nuevas rutas para el tráfico de cocaína a través de México para llegar a Estados Unidos, ya que previamente la droga se movilizaba, principalmente, por el Mar Caribe hacia Estados Unidos. Estas consecuencias permiten catalogar a la *War Drugs* como fallida.

3.2.2 LA GUERRA FALLIDA CONTRA EL NARCO EN MÉXICO

Como se comentó en apartados anteriores, el gobierno mexicano inició una política en contra de la producción y tráfico de drogas desde la década de 1920. Sin embargo, no fue hasta 1977, cuando el Gobierno Federal organizó uno de los golpes más estremecedores en contra las drogas, la Operación Cóndor, desplegada en el Triángulo Dorado, zona donde se desarrollaban las operaciones más importantes del narcotráfico en aquella época. A pesar de que se abatió a “Don Pedro”, antiguo líder del Cártel de Sinaloa, el operativo estuvo lleno de irregularidades y polémicas como los abusos militares en contra de civiles inocentes, la gran ola de violencia

que vivió la región durante el operativo, provocando la muerte de, al menos, 15 mil personas, además de que Carlos Aguilar Garza, uno de los encargados de la operación antidrogas, años después se descubriría que tenía vínculos con Félix Gallardo. Lo más absurdo de todo, fue que parecía que el narco lograba una mayor sofisticación y consolidación, en lugar de su fragmentación.

Los vínculos que se conformaron durante gran parte del siglo XX, entre el crimen organizado y el gobierno nacional controlado por el partido oficial, el PRI, los cárteles de las drogas, se encontraban sometidos ante el poder político a través de una serie de nexos corruptivos entre funcionarios públicos y narcotraficantes. Sin embargo, tras el giro hacia la democratización en el año 2000, la relación cárteles-Estado se deterioró. Durante el sexenio de Fox, surgieron nuevas organizaciones criminales cada vez más sanguinarias, como Los Zetas o La Familia Michoacana, lo que dio como resultado la intensificación de la lucha entre los cárteles mexicanos por el control plazas y rutas para el tráfico de drogas, provocando un crecimiento desmedido de la violencia en zonas en las que nunca se había vivido la narcoviolencia. Además, durante dicho sexenio, en 2001, el “Chapo” se dio a la fuga, lo que permitió la reorganización del Cártel de Sinaloa (Rosen, Zepeda, 2015).

Ante las circunstancias que vivía el país en los primeros años del nuevo milenio, el 11 de diciembre de 2006, durante el sexenio de Calderón, el Estado mexicano le declararían la guerra al narco, decisión que marcaría un nuevo rumbo en el país. La estrategia consistía en militarizar la lucha contra las drogas, movilizando a las fuerzas castrenses de los cuarteles hacia las calles.

Los gobiernos de George W. Bush (2001-2009) y el de Calderón firmaron un pacto de cooperación para la lucha contra las drogas conocida como la Iniciativa Mérida, con los siguientes objetivos: “a) Afectar la capacidad operativa del crimen organizado; b) Institucionalizar la capacidad de mantener el Estado de derecho; c) Crear la estructura fronteriza del siglo XXI; d) Construir comunidades fuertes y resistentes” (Rosen, Zepeda, 2015, p. 158). No obstante, los recursos se destinaron a fortalecer la infraestructura del ejército y los cuerpos de seguridad pública para combatir a los capos de los cárteles y decomisar la droga y no para combatir la corrupción e impunidad en los tres niveles de gobierno, que son unos de los principales problemas por los cuales, el conflicto con el tráfico de drogas sigue vigente.

La guerra contra el narco en México logró la detención y/o abatimiento de múltiples capos. No obstante, no se consiguió la erradicación de las organizaciones criminales, solo su fragmentación, lo que dio lugar al surgimiento de nuevos cárteles, situación similar a lo que sucedió en Colombia durante su guerra contra el narcotráfico. En 2006, había un total de seis cárteles en México: el Cártel de Sinaloa, el Cártel de Tijuana, el Cártel de Golfo, Milenio, La Familia Michoacana y el Cártel de Juárez. De acuerdo con los datos de la Unidad de Inteligencia Financiera (Aristegui Noticias, 2020), actualmente los cárteles de Milenio, Cártel de Tijuana y el Cártel de Juárez, se encuentran desarticulados, sin embargo, su erradicación dio lugar a la conformación de nuevos cárteles. Los cárteles restantes siguen operando hoy en día, pero también, han surgido nuevos tras el intento del gobierno de desarticularlos, así como por conflictos internos.

Las organizaciones criminales han mutado a lo largo de la historia, pero desde que se emprendió la guerra contra el narcotráfico sus actividades delictivas se han diversificado como es el caso de Los Zetas, además de que su capacidad armamentística, se ha sofisticado como la del Cártel de Jalisco Nueva Generación.

El surgimiento de los cárteles de las drogas en México se entiende a partir de los siguientes puntos:

- a) Grupos sin antecedentes criminales incursionando directamente en el narcotráfico.
- b) Grupos que previamente desempeñaron otras actividades ilícitas antes de incursionar en el narcotráfico.
- c) Grupos que surgieron tras la fragmentación de algún cartel.
- d) Grupos que previamente se conformaron como autodefensas y se transformaron en cárteles de drogas.

Hoy por hoy, el Gobierno Federal reconoce un total de 19 cárteles en operación, once con una presente alta en diversos puntos del país y los ocho restantes de menor impacto. A continuación, se muestra una tabla con los cárteles que operan en México, su fundación y su origen:

Tabla 5

Cárteles de las drogas y delincuencia organizada en México. 2019-2020

Cárteles	Fundación	Surgimiento
Cártel de Sinaloa	Mediados de la década de 1970	Sin antecedentes criminales incursionando directamente en el narcotráfico
Cártel del Golfo	Finales de la década de 1980	Previamente desempeñaron otras actividades ilícitas
La Familia Michoacana	2006	Surgimiento tras la fragmentación de Milenio y de los Zetas
Organización de los Beltrán Leyva	2008	Surgimiento tras la fragmentación del Cártel de Sinaloa
Los Zetas	2010	Surgimiento tras la fragmentación del Cártel del Golfo
Cártel de Jalisco Nueva Generación	2010	Surgimiento tras la fragmentación de Milenio
Unión Tepito	2010	Surgimiento tras la fragmentación de la Organización de los Beltrán Leyva
Guerreros Unidos	2011	Surgimiento tras la fragmentación de la Organización de los Beltrán Leyva
Cártel del Noreste	2012	Surgimiento tras la fragmentación de Los Zetas
Cártel Independiente de Acapulco	2012	Surgimiento tras la fragmentación de la Organización de los Beltrán Leyva
Cártel de Santa Rosa de Lima	2014	Previamente desempeñaron otras actividades ilícitas
Los Viagras	2014	Previamente se conformó como un grupo de autodefensa
Los Colombianos ⁷	2015	Sin datos
Fuerza Antiunión	2016	Surgimiento tras la fragmentación de Unión Tepito y/o autodefensa
La Nueva Familia Michoacana	2016	Surgimiento tras la fragmentación de La Familia Michoacana
Cártel del Sur	2016	Previamente se conformó como un grupo de autodefensa

⁷ Existe muy poca información al respecto sobre Los Colombianos. Se sabe que es un grupo conformador por colombianos y mexicanos aliado a la Unión Típico, los cuales no se dedican al narcotráfico, sino a la extorsión de comerciantes del Centro Histórico de la Ciudad de México por medio de préstamos denominado como “gota a gota”.

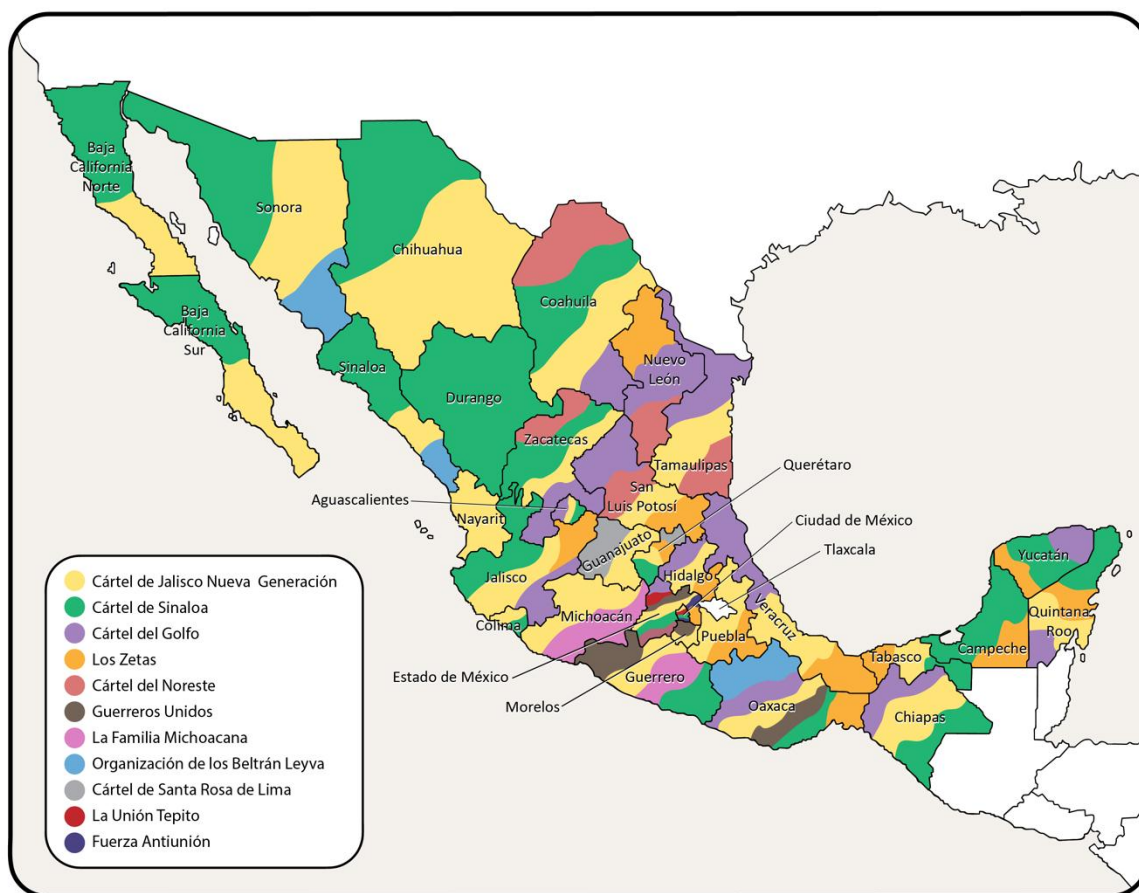
El Nuevo Cártel de Juárez	2017	Surgimiento tras la fragmentación del Cártel de Juárez
La Línea	2017	Surgimiento tras la fragmentación del Cártel de Juárez
La Nueva Plaza	2018	Surgimiento tras la fragmentación del Cártel de Jalisco Nueva Generación

Fuente: Elaborada con datos de Aguilar Valenzuela, 2011; Alarcón, 2017; Animal Político, 2021; Aristegui Noticias, 2020; Arrieta, 2019; Astorga, 2016; El Universal, 2019a; Espino Bucio, 2019; Infobae, 2019b; Infobae, 2020d; Infobae, 2021; Insight Crime, 2017; Insight Crime, 2020d; Insight Crime, 2020e; Insight Crime, 2021; La Verdad, 2020; Martínez Elorriaga, 2020; Mendoza, 2018; Plumas Atómicas, 2020; Valdés Castellanos, 2013.

A pesar de que cada cártel opera de manera independiente en los territorios que tienen bajo su control, se han conformado, históricamente, diferentes alianzas entre dichos grupos delictivos para tener un mayor poder y control. En el siguiente mapa se muestran los territorios que están bajo el control de los once cárteles más importantes del país:

Mapa 2

Territorios controlados por el narcotráfico y el crimen organizado en México. 2019-2020⁸



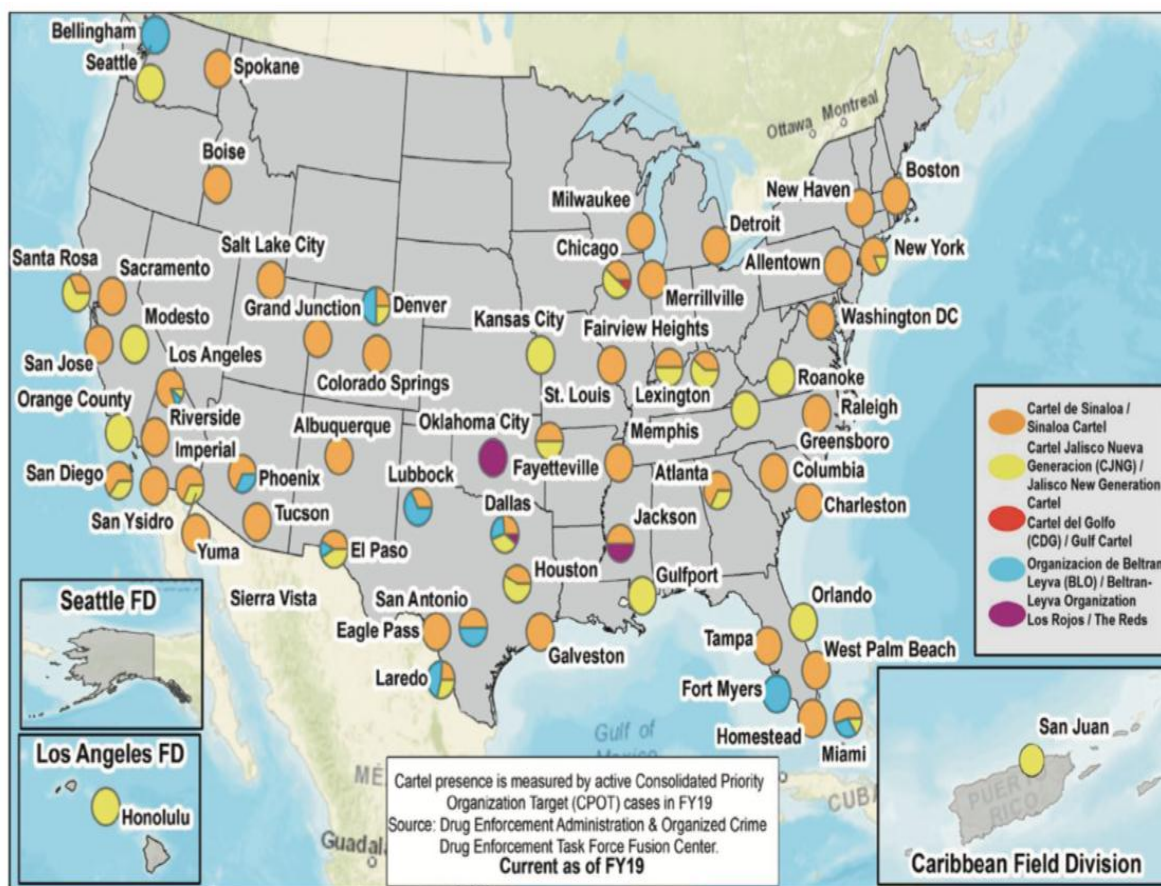
Fuente: Elaborado con datos de la Unidad de Inteligencia Financiera (Aristegui Noticias, 2020).

Actualmente, algunas de las organizaciones criminales, como el Cartel de Sinaloa, el Cartel de Jalisco Nueva Generación, el Cartel del Golfo, la Organización de los Beltrán Leyva y Los Rojos, han logrado expandir su influencia en Estados Unidos para el tráfico de drogas, estableciendo nexos con cárteles o pandillas estadounidenses. A continuación, se muestra un mapa de las áreas de influencia de los cárteles mexicanos en Estados Unidos:

⁸ El mapa está elaborado con base en el informe de la Unidad de Inteligencia Financiera presentado el 21 de septiembre de 2020 por Santiago Nieto Castillo, titular de la Unidad de Inteligencia Financiera, sin embargo, no se presentaron datos sobre la presencia de cárteles de drogas en el estado de Tlaxcala.

Mapa 3

Estados Unidos: áreas de influencia de las principales organizaciones criminales transnacionales mexicanas por cárteles individuales. 2020



Fuente: Tomado de Drug Enforcement Administration (2020).

De acuerdo con el argumento de Rosen y Zepeda (2015), Calderón no aprendió la lección histórica de la lucha contra el narcotráfico y la militarización en Sudamérica, ya que la guerra contra las drogas incrementó la violencia e inseguridad en el país, además de que surgieron nuevos cárteles que, poco a poco, han logrado una expansión y consolidación hacia el exterior. Posterior al sexenio de Calderón, el gobierno de Peña Nieto, continuó la guerra contra el narcotráfico sin obtener resultados alentadores al igual que su antecesor.

Durante la campaña electoral de López Obrador en 2018, el ahora presidente de la república, utilizó una retórica en la que buscaría darle fin a la guerra que había iniciado el Estado en 2006 y reestablecer la paz por otros medios como, por ejemplo, a través de una amnistía con los cárteles de las drogas. Cuando López Obrador llegó a la presidencia se

encontró con múltiples obstáculos que imposibilitaron establecer la estrategia propuesta en campaña. De acuerdo con Correa Cabrera (2020), el ejército pudo haber ejercido una presión sobre el gobierno de López Obrador para que las fuerzas castrenses siguieran operando como en sexenios pasados, por lo que sus planes de reestablecer la paz a través de la implementación de un sistema de justicia transicional y la regulación y/o legalización de las drogas, además de que, en 2019, crearía la Guardia Nacional, lo que daría continuidad a quince años de violencia e inseguridad (Correa Cabrera, 2020)

3.3 LA NARCOCULTURA

La narcocultura es un fenómeno social que se encuentra presente en diversos países de América Latina, pero, principalmente, en México y Colombia, países que se han caracterizado por la producción y tráfico de drogas. Durante las primeras décadas en las que se desarrolló el narcotráfico en México, la clase política era la que estaban inmersa en ese tipo de actividades ilegales, situación que limitaba, de alguna manera, a conformar una imagen colectiva de lo que era un “gomero”, denominación que fue empleada hasta los años setenta para referirse a todos aquellos sujetos que producían y traficaban la goma de opio y otro tipo de drogas. Este imaginario colectivo hacia los gomeros, era totalmente negativo y de rechazo, ya que se consideraba al negocio de las drogas como “inmoral, funesto, nocivo y mortal” (Reyes Sosa, et al, 2017, p. 72).

Con el paso de los años, la actividad del narcotráfico trascendió hacia grupos sociales ajenos a la política, principalmente, sujetos oriundos de la zona serrana de Sinaloa, los cuales provenían de un contexto rural caracterizado por las precariedades del campo, quienes, al verse inmersos en el tráfico de drogas, cambiarían su estatus social adquiriendo prestigio y poder económico, pero sin deslindarse de su pasado e identidad cultural de la vida rural. Esto permitió que durante la década de 1970 la sociedad mexicana pudiera construir una imagen mucho más lucida de la vida de un *gánster* mexicano de las drogas. Los medios de comunicación y la producción de las formas simbólicas del narcotráfico, como los narcocorridos y las narcopelículas, ayudaron a impulsar la conformación de un nuevo imaginario hacia los narcotraficantes. Este imaginario caracterizaba a los narcos por ser “sujeto[s] bragado[s], serrano[s], con mucho dinero y que se burla[n] [...] de la ley” (Reyes

Sosa, et al, 2017, p. 73), los cuales llevan una vida al margen de la ley a través del sicariato, la producción y el tráfico de drogas, lo que les permite tener un estilo de vida llena de lujos y excesos, rodeados de “hermosas mujeres”, alcohol y drogas, pero también son sujetos “generosos” por las diversas “obras de caridad” que realizan en beneficio social.

La amplia difusión de la producción simbólica de la narcocultura, ha conformado una estética, que diversos académicos la han denominado como *narcoestética*, caracterizada por ser “ostentosa, exagerada, grandilocuente, de autos caros, siliconas y fincas, en la que las mujeres hermosas se mezclan con la virgen y con la madre” (Rincón, 2009, p. 147). Esta producción simbólica del narcotráfico está presente en la música, películas, series televisivas, literatura, arquitectura, religión, entre otras, la cual tiene un significado tanto para aquellos que la producen, como los que la consumen.

Por ejemplo, los narcocorridos es el género musical, por excelencia, que describe a la narcocultura, el cual construye y difunde la vida sociocultural de los narcotraficantes desde una visión interna. Esta producción simbólica ha sido construida de manera independiente con el financiamiento de los propios narcos que quieren inmortalizar su propia figura a través de esta música. En los últimos años otros géneros musicales han incursionado en plasmar en sus letras la narcocultura como lo son la música nortea, el vallenato regiomontano, el rock, la salsa, el reggae y el rap, debido a la expansión del tráfico de drogas en otras regiones ajenas al noreste mexicano (Becerra Romero, 2018).

Existe una gran producción cinematográfica como el cine de narcos, siendo una mezcla entre el cine de mafia, *western*, melodrama y comedia ranchera. La primera en su tipo fue la de *Puño de hierro* de 1927 y, posteriormente, surgieron muchas más, sobre todo en la década de 1970 y hasta la actualidad. Estos films se caracterizan por:

[Ser] películas recargadas de acción, gesto duro, violencia (asesinatos brutales, torturas, ajuste de cuentas y balaceras), espectáculos exóticos, sujetos marginales y pauperizados, mexicanos que esperan cruzar la frontera, levedad del lenguaje, atuendos que acreditan la pertenencia al narco y música ligada a la cultura popular como recurso para configurar la cosmovisión de los personajes (Becerra Romero, 2018, p. 22).

Al igual que los narcocorridos, muchos narcotraficantes han financiado la producción de este tipo películas para que su imagen sea recordada hasta la posteridad, encontrándose algunos casos en los que los mismos narcos han participado como actores en dichos films.

En cuando a las series televisivas relacionadas con el narcomundo, estas surgieron en el año 2000 debido al interés y popularidad de la narcocultura. Colombia fue el primer país en incursionar en las narcoseries, seguido por México. En ellas se representan “aspectos reales del narcotráfico, el amor queda en segundo término, no es sólo melodrama sino también tragedia e incluso comedia, el lenguaje empleado es realista, su estética es grotesca, el exceso es alucinante y su ritmo es frenético” (Becerra Romero, 2018, p. 17). En la serie colombiana *Pablo Escobar, el patrón del mal*, se representa al capo como un ser nefasto y detestable. Sin embargo, se muestra la otra cara del personaje intentando justificar sus acciones criminales a través de sus propios valores como lo son el amor a su familia y la solidaridad hacia el pueblo. Para el caso de la serie de *El señor de los cielos*, el personaje es representado como un villano y a su vez héroe, mientras que a las instituciones del Estado las descalifican en su totalidad. El gran éxito y popularidad que han tenido las narcoseries en México, ha sido a causa de la representación de la realidad que vive la sociedad, donde existe la posibilidad de un ascenso social criminal, pero legítimo y la imagen de los narcotraficantes que proyectan las series se caracterizan por ser “héroes populares, inteligentes, valientes y sanguinarios que contribuyen al bienestar de su gente con mayor dignidad que los políticos” (Becerra Romero, 2018, p. 18).

Por otro lado, la literatura se ha manifestado a través de la “narcoliteratura, narconarrativas, narrativa sobre el narcotráfico, literatura del narcotráfico o novelística del narcotraficante [en las que se relatan] acontecimientos, sujetos, emociones, sensaciones propias del mundo narco” (Becerra Romero, 2018, p. 15). Se considera un subgénero que se encuentra ligado al género policial, el género negro y el melodrama, narrativas en las que se pueden encontrar “la presencia de la violencia, muerte y derrotas personales, el lenguaje desgarrado y los perfiles conductuales de los protagonistas” (Becerra Romero, 2018, p. 16).

En la ostentación de la narcocultura, la arquitectura ha jugado un papel importante en la producción simbólica de la misma, la cual corresponde a dos tipos: la primera se relaciona con “ranchos y fincas espectaculares, así como a mansiones palaciegas con extensos jardines exóticos, piscinas techadas y capillas privadas que, a la vez, funcionan como fortalezas o casas de seguridad [la segunda es una arquitectura funeraria como] tumbas, capillas y mausoleos” (Becerra Romero, 2018, p. 20). Son construcciones ostentosas y exageradas edificadas con materiales importados y poco convencionales. Muchas de ellas emergieron en los setenta, pero con el paso de los años tuvieron que ser más discretas por la cuestión de la clandestinidad para

la seguridad de los narcotraficantes. Esta arquitectura busca proyectar la capacidad de consumo, poder y jerarquía social de los narcos.

La narcocultura también ha conformado un sincretismo entre las manifestaciones populares de la religión católica con cultos hacia héroes míticos “santificados” del narcotráfico como Jesús Malverde o Nazario Moreno. Malverde fue un famoso contrabandista sinaloense de finales del siglo XIX y principios del XX, que, en el imaginario popular, pudo trascender para adquirir un *status* de Santo patrono no aceptado por la Iglesia (Córdova, 2007). La población sinaloense argumentaba que en las décadas de 1960 y 1970 Malverde, era responsable de una serie de milagros (Burgos Dávila, 2012). Por su parte, Nazario Moreno fue un capo contemporáneo líder del cártel de La Familia Michoacana, que, tras su muerte en 2014, Servando Gómez Martínez “La Tuta” y demás miembros del cártel “hicieron de *El Más Loco* un santo, un icono de veneración que incluso contaba con capillas e imágenes que sirvieron para mantener el ánimo de sus sicarios” (Nájar, 2014b). Figuras católicas como la Virgen de Guadalupe o San Judas Tadeo o hasta la Santa Muerte, fueron resignificados del ámbito sagrados en función a los intereses de los narcotraficantes (Becerra Romero, 2018). Se ha generado una fusión Madre-Virgen convirtiéndola en un símbolo sagrado que representa amor, entrega y adversidad, creando sus propios ritos basados en la vida rural agradeciéndole a la Virgen, por los asesinatos o logros adquiridos (Rincón, 2009).

Otras formas simbólicas que representan a la narcocultura es el lenguaje caracterizado por vocablos propios del *narcomundo* para hacer referencia a una “variedad de elementos como las drogas, las estrategias empleadas, las armas, los sujetos implicados o expresiones coloquiales que tienen su origen en el lenguaje popular y regional” (Becerra Romero, 2018, p. 23). La vestimenta también forma parte del carácter identitario de la cultura del narcotráfico, por ejemplo, se caracterizaba, durante los primeros años, por ser un estilo “vaquero norteamericano y el norteño mexicano que se traducía en camisas de seda, sombrero norteño, botas y cintos piteados. [Actualmente] se identifica más con camisas tipo polo, pantalones sport, tenis y cachucha, todos de marcas costosas” (Becerra Romero, 2018, p. 23). Por último, las artes plásticas y los videojuegos también han representado a la narcocultura.

Toda esta producción simbólica está construida a partir de una serie de contenidos simbólicos hacia la actividad del narcotráfico como lo son las drogas, la actividad del tráfico de drogas, los sujetos implicados, los atributos asignados a los traficantes, el poder, los

personajes, la ostentación y el consumo santuario, la presencia de la mujer, el espacio y territorio, la representación de la violencia y la muerte, la representación de la ilegalidad y la corrupción y los desenlaces. Todos estos elementos marcan su diferenciación con otras manifestaciones socioculturales, lo que permite la construcción de un imaginario colectivo (Becerra Romero, 2018).

El impulso de este nuevo imaginario permitió que la cultura del narcotráfico alcanzara una gran popularidad, además de que reconfiguraría un nuevo paradigma hacia la concepción moral de los traficantes de drogas, de ser sujetos de crítica y rechazo, a individuos con un alto grado de popularidad y legitimación. Esto permitió que el sincretismo cultural entre la vida agrícola y el crimen relacionado con las drogas que caracteriza a los narcos, trascendiera de los horizontes rurales hacia los centros urbanos de Sinaloa y, posteriormente, hacia otras regiones de México (Sánchez Godoy, 2009).

No obstante, Becerra Romero (2018) señala que existe una brecha muy grande entre el imaginario popular con los verdaderos traficantes, ya que, a pesar de que algunos grupos delictivos han tenido una aproximación en algunos espacios públicos, muchos de ellos se mantienen en la clandestinidad por su estatus criminal, contexto que ha permitido tener un acercamiento indirecto con estos grupos por medio de narrativas populares y a través de la información que circula en los medios de comunicación, por ejemplo, los videos que han difundido presuntos miembros del Cártel de Jalisco Nueva Generación en las redes mostrando su gran “arsenal” o diversos relatos e imágenes que se han publicado desde 2010 en la *web* del Blog del Narco, mostrando la brutalidad con la que actúan los cárteles de las drogas en México.

Por su parte, Sánchez Godoy (2009) comenta que la narcocultura de origen sinaloense, tiene algunas variantes dependiendo la región, pero hay un universo simbólico particular que caracteriza a la cultura de los narcotraficantes y pueden comprenderse a partir de las siguientes características:

- a) Poseen una serie de valores fundamentados en el honor influenciado por la cultura árabe que llegó a México por medio de la colonización española, lo que influenció a los grupos criminales a la adopción de valores como la valentía, la lealtad familiar y

de grupo, la protección, la venganza, la generosidad, la hospitalidad, la nobleza y el prestigio.

- b) Tienen formas de regularización interna a través de la violencia física que es ejercida a quienes traicionen al jefe del cártel o a todos aquellos que pretendan salirse del negocio.
- c) Se caracterizan por un consumo específico haciendo uso de la cocaína –o cualquier otra droga– además de portar joyería de oro.
- d) Poseen un *argot* particular a través del manejo de claves como una forma de permanecer en la clandestinidad.
- e) Sus modelos de comportamiento se caracterizan por un anhelo de poder, prestigio social y la búsqueda de placer y bienestar.
- f) Tienen una visión fatalista y nihilista, ya que aquellos que forman parte del narcomundo, saben que su estilo de vida, tarde que temprano, los llevará a una posible muerte.

Durante el gobierno de Calderón inició una campaña de desprestigio en contra de las figuras del narcotráfico apoyado por los medios de comunicación; sin embargo, parte de la población continuó tolerando y aceptando la figura del narcotraficante, debido al imaginario, ya adoptado, décadas atrás (Reyes Sosa, et al, 2017). Todas las formas simbólicas de la narcocultura han permitido la construcción de un imaginario popular que trasciende de los sueños a los hechos, constituyéndose como un elemento de identidad, imitación y reproducción en hombres y mujeres de todas las clases sociales.

3.4 LOS EFECTOS SOCIALES DEL NARCOTRÁFICO, LA GUERRA CONTRA LAS DROGAS Y LA NARCOCULTURA

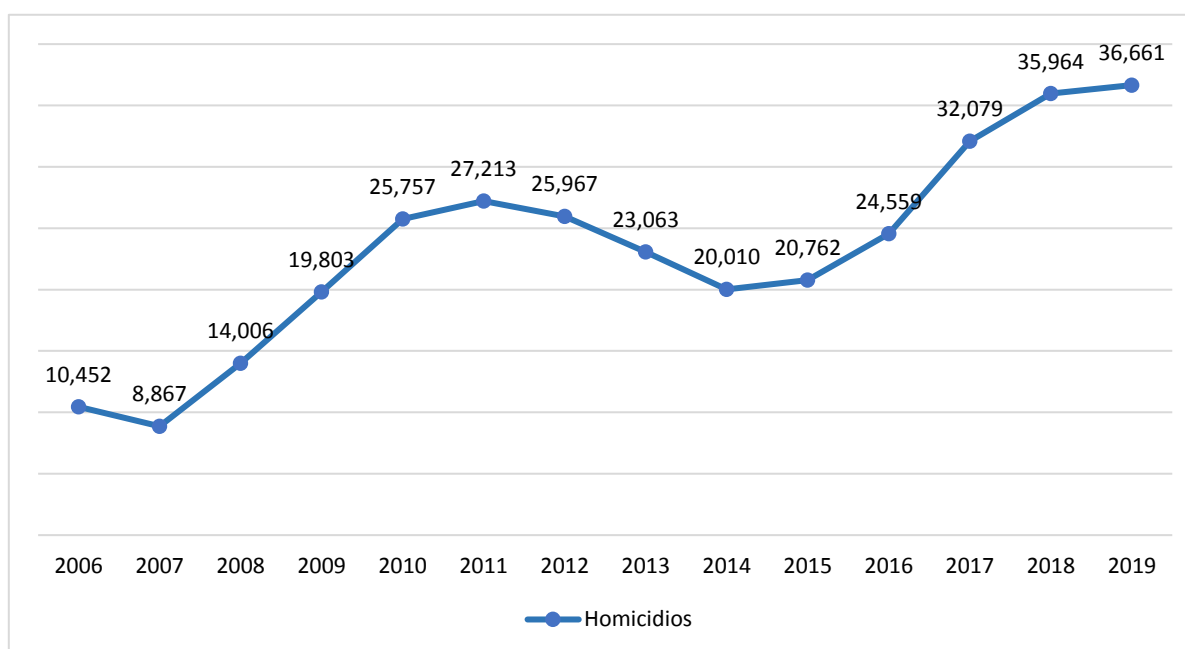
Los resultados del narcotráfico, la guerra contra el narco y la influencia de la narcocultura en México, se resumen en los siguientes fenómenos: incremento de la violencia, inseguridad, reclutamiento e ingreso a los cárteles de las drogas, consolidación de los cárteles, violación a los Derechos Humanos y drogadicción, elementos que se desarrollan en las siguientes líneas.

La militarización y el combate al crimen organizado desencadenó una crisis social que se manifiesta de la siguiente manera: el cierre de accesos importantes a ciudades, el desplazamiento de grandes grupos de personas por situaciones de violencia, la devastación de las economías locales y violaciones a los Derechos Humanos por parte de los narcotraficantes y militares. Para el caso particular de las fuerzas públicas del Estado, destacan las “desapariciones forzadas, homicidios extrajudiciales o ilegítimos, tortura, malos tratos y detención arbitraria” (Pereyra, 2012, p. 449). Esto ha generado un rechazo por parte de la población hacia los militares por los abusos, como es el caso de Ciudad Juárez, que en 2007 los civiles, confiados en la retórica del Estado, de salvaguardar la integridad y seguridad de la población a través de la erradicación de los cárteles de las drogas, apoyaron la militarización de la ciudad. Sin embargo, 3 años después, las tropas se retiraron tras numerosas quejas por parte de la población por los constantes abusos y violaciones a sus derechos (Pereyra, 2012).

Tanto las muertes por violencia, como las desapariciones, aumentaron durante los últimos 15 años. En la siguiente gráfica se presenta el número de asesinatos entre el 2006 y el 2018, la cual permite apreciar el aumento de muertes por la violencia:

Gráfica 8

Defunciones por homicidio en México. 2006-2019



Fuente. Elaborada con datos del INEGI (2021).

Aunque los datos no especifican el contexto por el cual se presentan los homicidios, lo claro es que estas cifras reflejan los resultados de las políticas de la lucha contra el narcotráfico, las cuales han sido un rotundo fracaso y han propiciado el crecimiento de la violencia.

La producción simbólica de la narcocultura, ha servido para la popularización y legitimación del narcomundo. Se ha logrado, a pesar de ser ilegal, legitimar el consumo de drogas y la narcoviencia que forma parte de la vida cotidiana en México. Además de que ha influenciado a un gran número de individuos a que anhelan convertirse en consumidores de drogas y hasta formar parte de los propios cárteles del narcotráfico, por el simple placer de vivirlo (Becerra Romero, 2018). La afición por las armas, las drogas, el alcohol y, en general, todo lo relacionado con el narcotráfico, así como toda la violencia que la sociedad percibe en los diferentes medios de comunicación y en su propia realidad, hacen que la problemática se normalice y legitime, por lo que para muchos la narcocultura los ha logrado culturizar.

A todo esto, una cuestión interesante sería tratar de comprender cómo puede existir esta fascinación hacia el narcotráfico, si este se puede entender como una serie de actos que idolatran acciones totalmente inmorales para la sociedad. Para comprenderlo, hay que entender algunos elementos culturales que Bourdieu analizó en su momento. El autor plantea que la gran riqueza cultural que se ha logrado acumular, históricamente, en las sociedades modernas, está a disposición de todos; sin embargo, los únicos que realmente pueden tener acceso a esta son aquellos individuos que poseen una estabilidad socioeconómica. Una condicionante para poder apropiarlos es contar con ciertos “instrumentos intelectuales y de sensibilidad para poder descifrarlos” (Salamón, 1980, p. 17). Esto da lugar a que los grupos más vulnerables de las sociedades capitalistas logren apropiar, mediante códigos simbólicos, expresiones culturales poco desarrolladas, que distan mucho de la alta cultura.

Esto permite entender, de acuerdo con la concepción del propio Marx, que cualquier tipo de expresión cultural, no es creada únicamente por los sujetos, sino que estas mismas expresiones culturales, logran crear al sujeto, dando lugar a individuos “limitados y pobremente humanizados” (Salamón, 1980, p. 18). Es por ello, que la cultura del narcotráfico ha logrado “contagiar” a muchos grupos de la sociedad mexicana sin importar género, etnia, lugar de nacimiento, edad, estatus socioeconómico o religión, por lo que un supuesto sería que

quienes son más vulnerables a adoptar la narcocultura, son los jóvenes varones que viven en entornos de pobreza, marginación y violencia.

Una de las problemáticas que padece la juventud contemporánea marginal, es la negación y desinterés de la cultura del aprendizaje, porque está sustentada en el capital cultural dominante al que ellos no tienen acceso, lo que ha llevado a que los profesores intenten borrar “sus identidades callejeras” o aquellas que se relacionan con la narcocultura (McLaren, 2005). Esta idea permite entender porqué los estudiantes más vulnerables del sistema educativo son propensos al fracaso académico a causa de sus limitaciones culturales predispuestas desde sus núcleos familiares que dan lugar a la incomprensión de saberes académicos y, por ende, a su propio rezago, logrando su sometimiento (Salamón, 1980), por lo que existe una frustración social que los impulsa a buscar alternativas en un margen ilegal, como lo puede ser, el narcotráfico.

Tanto la influencia de la narcocultura, como la violencia y las políticas neoliberales, han dado lugar a una sociedad desigual, pobre, vulnerable y cada vez más inmersa en un estado de violencia “como respuesta ante una frustración social” (Jiménez Ornelas, 2005, p. 216), en la búsqueda de alternativas de vida que, muchas veces, las logran encontrar en las filas del narcotráfico. Durante los últimos diez años, muchos niños y jóvenes han sido reclutados por el crimen organizado, principalmente, en las ciudades más violentas de la frontera norte de México, así como los estados de Guerrero, Morelos, Veracruz, Tabasco y Campeche (Encinas, 2018). Muchos de ellos, sumidos en la pobreza, la marginalidad y el ambiente violento en el que se desenvuelven, además de la influencia de la narcocultura, han sido propicios para la formación de una nueva generación de sicarios.

Se estima que por lo menos 30 mil menores, han sido reclutados en los últimos años. Su “carrera” como narcos oscila, por mucho entre los 8 y 10 años de servicio, ya que muchos de ellos, son encarcelados o mueren en los enfrentamientos entre grupos contrarios o contra el ejército. Sus funciones se designan de acuerdo a la edad de cada individuo. Los niños con edades entre 9 y 10 años son informantes, a los 10 años son vigilantes y entre los 14 y 16 años se convierten en sicarios o traficantes de drogas, pero su desenlace es una muerte rápida y segura (Encinas, 2018).

De acuerdo con Encinas (2018), en 2016 los jóvenes sicarios lograban percibir salarios de hasta los 12 mil pesos mensuales, sueldos muy por encima de lo que un menor puede

percibir de manera lícita. Estas condiciones son propicias a que los jóvenes se vean seducidos por el narco y terminen inmersos en las filas del crimen organizado “dispuestos a convertirse en sicarios, soplones, burros o consumidores de la narcoeconomía que, a la vez, se ha convertido en narcoviolencia y en narcocultura” (Villamil, 2013, p. 1) y, es aquí, donde se entiende porqué muchos niños y jóvenes deciden abandonar sus estudios para cambiar los libros por las armas. De acuerdo con la REDIM (2019), de 2007 a 2017, 13 mil 217 niños y jóvenes murieron en situaciones de violencia. El último reporte de la REDIM (2020), señala que entre enero y mayo de 2020, mil 034 niñas, niños y adolescentes, han sido asesinados y hay un total de 2 mil 720 desaparecidos.

En un conflicto, en el que pareciera que están exentas las mujeres, también se han convertido en las víctimas de la narcoviolencia. Secuestros, desapariciones, violaciones y asesinatos, son los estragos que ha dejado la guerra contra el narco en las mujeres de México, ¿por qué?, porque en el mundo del narco se ha visto a la mujer como un objeto de pertenencia y cada vez que, los narcos o el Estado se enfrentan, para dañar la moral del rival, atentan contra su hermanas, hijas o madres, como venganza (Becerril, 2019). También la pobreza las ha llevado a introducirse a los cárteles como sicarias o traficantes; sin embargo, su inmersión —ya sea voluntaria o forzada— a estas organizaciones, las ha convertido en esclavas sexuales para la trata, siendo un grupo vulnerable a cometer atrocidades en su contra.

Posiblemente uno de los relatos más aterrorizantes que he leído durante la realización de esta investigación, fue el testimonio de Daniela (Balderas Méndez, 2016), una joven nicaragüense de 24 años que vivía en situación de pobreza y, en la búsqueda por mejorar las condiciones de vida que padecían ella y su familia, la llevó a emprender un falso viaje de trabajo a México, lo que en realidad era un secuestro por parte del crimen organizado. Daniela sería secuestrada junto con otras quince mujeres y una vez arribando a México, en Chiapas sería forzada a ejercer la prostitución y, si los clientes se quejaban de su inexperiencia, era golpeada por sus secuestradores.

Transcurridos quince días, sería enviada a Nuevo Laredo, Tamaulipas, siendo informada que trabajaría para Los Zetas. Ahí fue forzada a laborar como bailarina en un *table dance* controlado por el mismo cártel. Si no realizaba, exitosamente su labor, sus raptos le quemaban las piernas con un fierro caliente, “por no saber descolgarse del tubo de la pista de baile”. También tuvo que ejercer la prostitución con clientes “VIP”, los cuales, de acuerdo

con Daniela, eran estadounidenses adinerados, siendo obligada a emborracharse y consumir drogas con ellos, además de ser sometida a actos sexuales denigrantes, violentos y torturas. Muchas de las mujeres, no solo eran torturadas por los clientes, sino también, podían ser asesinadas, era parte del “servicio”. El testimonio de Daniela detalla que también Los Zetas ejercían la prostitución infantil, ya que relata la historia de un niño de doce años, llamado Toñito, quien era forzado a las peores depravaciones humanas que puedan existir. Cuando cumplió diecisiete años, estaba tan enfermo el infante, que ya no era “rentable” para el negocio, por lo que forzaron a Daniela a asesinarlo, sin embargo, al reusarse, los mismos sicarios lo ejecutaron de manera brutal.

Con el paso del tiempo, Daniela fue obligada a traficar cocaína hacia Reynosa, Ciudad Victoria y San Luis Potosí. Relata que entre más grandes eran las esclavas sexuales, estas eran sometidas a otro tipo de labores como ser sicarias o traficantes. Daniela fue testigo del asesinato de los 72 migrantes en Tamaulipas en 2010, así como del enfrentamiento en San Fernando entre Los Zetas y el Cártel del Golfo, que marcaría la ruptura de ambos grupos. Tras el enfrentamiento, un miembro de los Zetas la salvó de las hostilidades, además decidió quedarse del lado de los del Golfo, situación en la que “El Viejón”, un jefe del Cártel del Golfo, exigió que Daniela se convirtiera en su amante. Ella creía que siendo el amante de un capo sufriría menos, sin embargo, seguiría siendo forzada a ejercer la prostitución.

En una ocasión, le encomendaron cuidar a una pareja secuestrada que esperaba ser liberada tras el pago de su rescate, pero ella los liberó, lo que le costaría una golpiza que casi acababa con su vida. Daniela, en su relato, no detalla cómo logró escapar del cártel, lo único que dice es que una persona la ayudó a escapar, le dio dinero y boletos hacia la Ciudad de México. Ahí platicó su testimonio ante la Subprocuraduría Especializada en Investigación de Delincuencia Organizada (SEIDO) y ellos, posteriormente, la mandaron de vuelta a Nicaragua para, finalmente, reencontrarse con su madre e hijos. Daniela es un caso excepcional que tuvo la fortuna de poder huir de sus captores; sin embargo, hay miles de mujeres que nunca correrán por la misma suerte. Así como el caso de Daniela, hay miles de víctimas, niñas, niños, mujeres y hombres sin voz, que sufren de las terribles circunstancias que padece México, los cuales exigen paz y justicia.

De acuerdo con el Informe sobre la Situación del Consumo de Drogas en México (Gobierno de México, 2019), la oferta y demanda de estas sustancias se encuentra ligada,

directamente, a las condiciones económicas, culturales, sociales e históricas, como se ha demostrado a lo largo de esta investigación. Entre 2011 y 2016, ha habido un aumento en el consumo de cualquier tipo de drogas en el país como se muestra en la siguiente tabla.

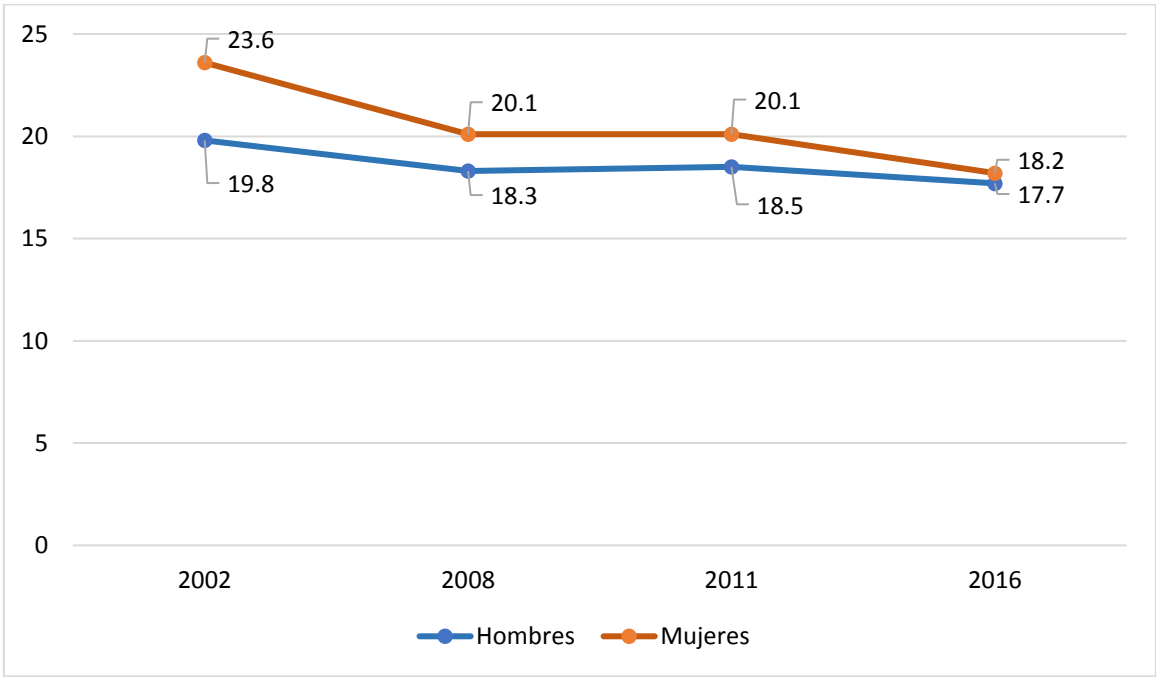
Tabla 6
Consumo de cualquier droga alguna vez en la vida en la población de México. 2011, 2016 y 2017

Encuesta 2011			Encuesta 2016-2017	
	Porcentaje	Población estimada	Porcentaje	Población estimada
Hombres	13%	5,007,493	16.2%	6,649,216
Mujeres	3%	1,227,788	4.8%	2,133,000
Total	7.8%	6,235,281	10.3%	8,782,216

Fuente: Elaborada con datos del Gobierno de México (2019)

De igual manera, entre 2002 y 2016, se ha presentado un aumento en el inicio del consumo de drogas en la población más joven, siendo más notorio en las mujeres, como se muestra en la siguiente gráfica:

Gráfica 9
Edades promedio de inicio de consumo de drogas en México. 2002-2016

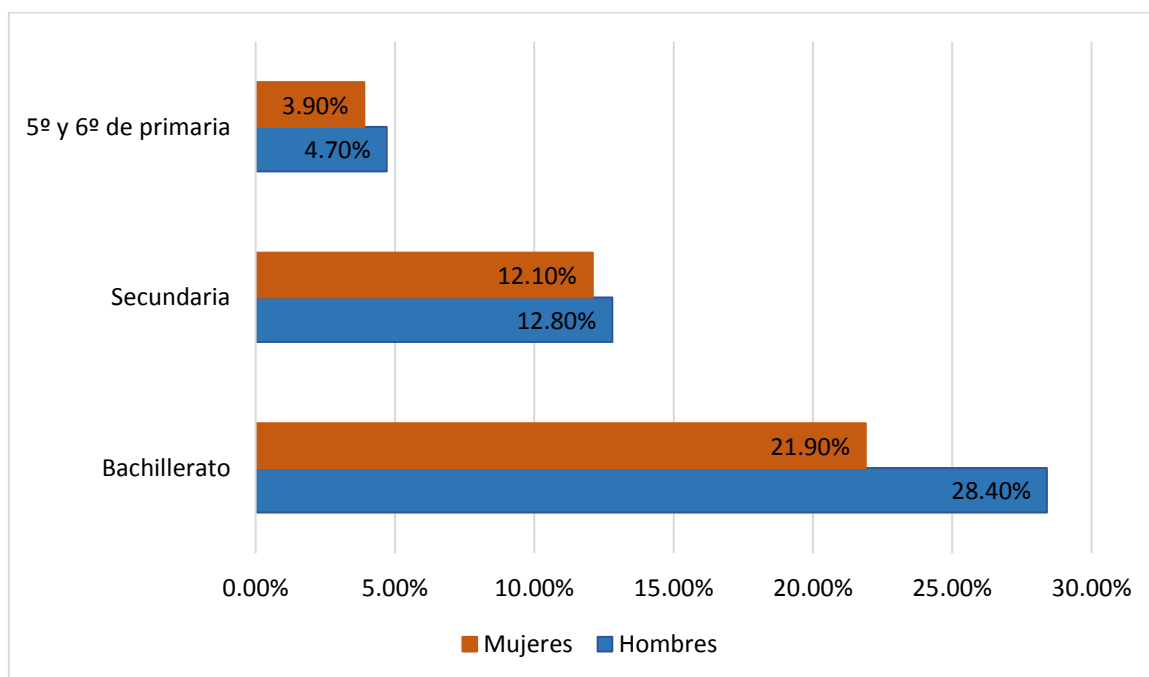


Fuente: Elaborada con datos del Gobierno de México (2019).

En cuanto al consumo de drogas, de acuerdo al grado de escolaridad, se puede apreciar que existe un porcentaje de estudiantes que consume drogas desde 5° de primaria y este va aumentando conforme se avanza en el nivel académico y que a continuación se expresa:

Gráfica 10

Consumo de drogas ilegales por escolaridad en México. 2016-2017

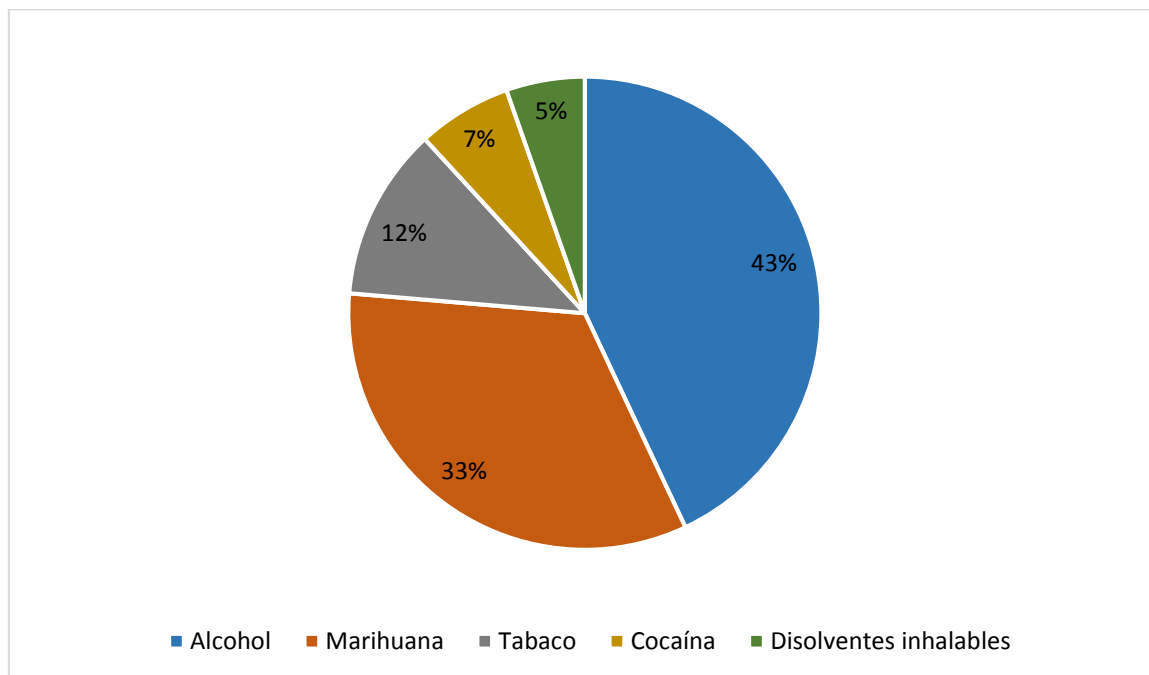


Fuente: Elaborada con datos del Gobierno de México (2019).

La droga más consumida por adolescentes en México es el alcohol, seguido de la marihuana, el tabaco, la cocaína y, finalmente, los disolventes inhalables. A continuación, se presentan los porcentajes de consumo:

Gráfica 11

Drogas de mayor consumo en adolescentes. 2016



Fuente: Elaborada con datos del Gobierno de México (2019)

Los datos presentados indican que el consumo de drogas es un problema que está presente en México desde hace muchos años, es por ello, que el Estado necesita crear medidas integrales que permitan disminuir el tráfico y acceso de este tipo de sustancias, además de reducir los niveles de violencia e inseguridad.